

Selección



JOSEPH BERNA

JENNY, LA HIJA DEL MAR

PARA MAYORES DE 18 AÑOS


ST
SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

373 — El fantasma de la sombra roja, *Clark Carrados*.
374 — Un cadáver de segunda mano, *Silver Kane*.
375 — Las mujeres gato, *Curtis Garland*.
376 — Comic de terror, *Adam Surray*.
377 — La madrugada de Dolan, *Curtis Garland*.

JOSEPH BERNA

JENNY, LA HIJA DEL MAR

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 378
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 8.505 - 1980
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: mayo, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

Stuart Lowell, de veintinueve años de edad, moreno, metro ochenta de estatura y peso proporcionado, se hallaba cómodamente sentado en una hamaca, en el porche de su casa.

Una casa de madera, más bien pequeña, construida muy cerca del mar, a unos quince kilómetros de San Diego, California.

A Stuart, profesor de dibujo anatómico de una escuela de arte de San Diego, le encantaba vivir en un sitio tan tranquilo, lejos del mundanal ruido.

El único ruido que se escuchaba allí era el rumor de las olas, que bañaban una y otra vez con su blanca espuma la arena de la playa, limpia y dorada.

Un ruido suave y relajante, capaz de tranquilizar a la más nerviosa de las personas.

Como era sábado, y la escuela de arte sólo abría de lunes a viernes, Stuart Lowell no tenía nada que hacer, excepto gozar de la paz y la tranquilidad de aquel bendito lugar en el que un buen día se le ocurrió comprar la casa en la que ahora vivía.

El sol no tardaría en ocultarse en el horizonte, y era un espectáculo realmente maravilloso ver el enorme disco rojo desaparecer poco a poco allá a lo lejos, como si se estuviera hundiendo lentamente en el mar, cuyas azuladas aguas cambiaban de color con los reflejos que el astro rey enviaba sobro ellas, adquiriendo una tonalidad fascinante.

Si

Presenciar una puesta de sol, desde un lugar como aquél, era lo más hermoso del mundo, en opinión de Stuart Lowell.

De pronto, una cabeza emergió del agua, a unos veinte metros de la playa.

Stuart, perplejo, observó el rostro de la chica.

Sí, porque se trataba de una mujer.

Muy joven.

Veinte años, como mucho.

Cabello rubio.

Largo.

Precioso.

La chica también lo era.

Uno de los rostros más bonitos que Stuart Lowell había visto jamás, y eso que él, por razones de su profesión, había tenido ante sí infinidad de mujeres bellas, porque, salvo raras excepciones, todas las modelos que posan para los estudiantes en las escuelas de arte son hermosas y bien formadas.

La muchacha rubia, que le observaba a su vez, se acercó a la playa; pero no a nado, sino caminando, porque, donde ella se encontraba, el nivel del agua era de poco más de metro y medio.

Caminaba muy lentamente, con una suave sonrisa en los labios.

Su cuerpo fue emergiendo del agua.

A Stuart Lowell casi se le cae la pipa de la boca —siempre fumaba así, en pipa— al descubrir que la chica no llevaba puesta la pieza superior del bikini

Sí.

Llevaba los pechos desnudos.

Altos.

Redondos.

Turgentes.

Unos senos sencillamente maravillosos...

La chica siguió acercándose a la playa sin ninguna prisa.

Su vientre emergió del agua, terso y liso, deliciosamente acogedor, y también sus caderas, de suave curva, firmes y hermosas.

Luego...

La pipa se le cayó a Stuart Lowell, porque la chica tampoco llevaba la pieza inferior del bikini.

Iba como su madre la echó al mundo, sólo que con diecinueve o veinte años más.

La muchacha, siempre con aquella suave sonrisa en los labios, que nada tenía de maliciosa, siguió emergiendo del agua, con la mayor naturalidad, como si para ella exhibir su cuerpo desnudo no tuviese la menor importancia.

Stuart Lowell, sin moverse de la hamaca, observó las esculturales piernas de la chica, de muslos largos y torneados, y también se fijó en el dorado vello que cubría su pubis y ocultaba lo más íntimo de su persona, aunque sólo en parte.

La atrevida joven, totalmente fuera del agua ya, caminó hacia la casa de Stuart Lowell. En sus movimientos, aunque lentos y sensuales, no parecía haber ninguna procacidad, ningún ánimo de excitar al atlético y no mal parecido profesor de dibujo anatómico.

La verdad es que Stuart no estaba excitado, sólo sorprendido.

Había contemplado cientos de mujeres desnudas, en la escuela de arte, y él tenía que hacer algo más que mirar, para que su masculinidad reaccionara.

La muchacha rubia se detuvo a un par de metros de Stuart Lowell y saludó:

—Buenas tardes.

—Hola —respondió Stuart, forzando una sonrisa.

—Se le ha caído.

—La pipa.

—Oh, sí, la pipa... —carraspeó Stuart, y la recogió del suelo.

La chica subió al porche, las gotas de agua deslizándose todavía por la sedosa piel de su cuerpo, y ello, unido a los reflejos de la puesta de sol, la hacía más hermosa y más deseable.

Siempre con la misma naturalidad, descansó sus esbeltas nalgas en la barandilla del porche, apoyando también las manos en ella, y preguntó:

—¿Es usted el dueño de esta casa?

—Sí —asintió Stuart.

—Es muy bonita.

—Gracias.
—¿Cómo se llama?
—¿Yo?
—Sí, usted.
—Me llamo Stuart; Stuart Lowell. ¿Y tú...?
—Jenny.
—¿Que te pasó, Jenny?
—¿A mí?
—¿Perdiste tu bikini?
—No.
—Entonces, es que te gusta bañarte desnuda...
—No, no me gusta.
El desconcierto de Stuart Lowell era evidente.
—Pues, si no te gusta, no entiendo por qué...
—Unos tipos me arrojaron así al agua, sin nada. Y sin nada sigo —explicó la chica, que seguía sentada en la barandilla del porche, balanceando sin ninguna malicia sus preciosas piernas.
Stuart pestañeó.
—¿Que unos tipos te...?
—Sí; eran tres, y no pude hacer nada por evitarlo. Stuart Lowell se levantó de la hamaca.
Su indumentaria no podía ser más cómoda y veraniega.
Camisa de manga corta, muy vistosa, totalmente abierta...
Pantalón blanco...
Mocasines marrones...
Stuart se despojó de la ligera camisa y se la tendió a la muchacha.
—Ponte esto, Jenny.
Ella ensanchó su sonrisa.
—Es usted muy amable, Stuart, pero no me importa ir desnuda.
—¿No...?
—No, ya no. Antes de pasarme lo que me pasó, sí que me hubiera importado, pero ahora... —pareció entristecerse la joven.
—No te entiendo, Jenny. ¿Por qué antes sí te hubiera importado mostrar tu cuerpo desnudo, y ahora no?
La chica le miró fijamente durante unos diez segundos.
Luego respondió:
—Porque estoy muerta, Stuart.

CAPITULO II

A Stuart Lowell se le cayó la pipa de nuevo.
—¿Que estás qué...?
—Muerta —repitió la chica.
—Muerta... —musitó Stuart, con una cara que invitaba a reírse.
—Sí. Póngame la mano sobre el corazón y verá como no late.
Stuart Lowell no se la puso, porque para eso tenía inevitablemente que tocarle el seno izquierdo, y no le pareció correcto ni honesto abusar de una enferma mental.
Enferma mental, sí.
Stuart estaba seguro de que la chica rubia lo era.
Y, como a los enfermos mentales lo mejor es darles la razón en todo, porque si no se irritan y se vuelven peligrosos, sonrió nerviosamente y dijo:
—No es necesario, Jenny. Salta a la vista que estás muerta.
—¿De veras? —pareció sorprenderse ella.
—Oh, sí. Me di cuenta en seguida.
—¿En qué se me nota?
Stuart la miró de arriba abajo.
—En todo, Jenny, en todo. La expresión de tus ojos, el color de tus labios, el tono de tu piel... —dijo, por decir algo, porque la verdad es que la mirada de la joven era limpia y serena, absolutamente natural; el color de los labios, precioso; y el tono de su piel, bronceada por el sol, excepto la mitad inferior de sus senos y el triángulo de la parte media de su cuerpo, zonas que normalmente cubre un bikini, sencillamente maravilloso.
—Como hace tanto tiempo que no me miro a un espejo... —repuso ella, observándose el cuerpo.
—¿No te pusieron uno en el ataúd?
—¿Qué ataúd?
—En el que te enterraron.
—A mí nadie me enterró, Stuart.
—¿Ah, no...?
—líe permanecido en el mar todo este tiempo.
—En el mar...
—Sí.
—Viviendo con los peces...
—Sí.
—¿Y cómo respirabas?
—Los muertos no necesitan respirar, Stuart.
—Tienes razón, qué fallo —río el profesor de dibujo—. Anda, ponte mi camisa.
—Ya le he dicho que no me importa ir desnuda.
—Sí, lo sé. Pero a mí sí me importa, Jenny. Te sienta fenómeno estar

muerta, ¿no lo sabías?

—No le entiendo.

—Quiero decir que estás muy guapa y deseable. Y yo soy un hombre, Jenny. Y estoy vivo, además. Podría dejarme llevar por la tentación y... —Stuart movió la mano significativamente.

La chica sonrió.

—Hágalo, no me importa —repuso.

—¿El qué no te importa?

—Que me toque. Ya no puedo sentir nada.

—Claro, como estás muerta...

—Déme algún apretón, si lo desea. Y si no le basta con eso, lléveme a su cama. Dejaré que me haga el amor.

Stuart Lowell tosió.

—Jenny, yo no deseo hacerte el amor,

—¿No ha dicho que le gusto?

—Mucho. Pero tú estás muerta, Jenny...

—Oh, ya lo entiendo. No quiere usted acostarse con una muerta.

—No estaría bien, compréndelo.

—Claro.

—Vamos, ponte la camisa.

—Para evitarle tentaciones, ¿eh?

—Eso es.

—Está bien, me la pondré —accedió la muchacha, bajándose de la barandilla de un saltito.

Huelga decir que el saltito hizo saltar otras cosas.

Un par de cosas, para ser exactos.

Y qué llenas de vida parecían estar...

Menos mal que Stuart Lowell no se dejaba impresionar por una agitación de hermosos senos femeninos, aunque fuesen tan tentadores como aquéllos, porque de lo contrario sus manos hubiesen volado hacia allí y los hubieran estrujado con fervor.

Jenny se enfundó la camisa masculina, cuya delgada tela se pegó inmediatamente a su húmedo cuerpo, marcándole descaradamente los senos con todo detalle.

Stuart, amablemente, preguntó:

—¿Le apetece beber algo, Jenny?

—Los muertos no bebemos, Stuart —repuso ella, sin el menor asomo de ironía.

—Perdona, lo había olvidado —carraspeó el profesor de dibujo anatómico.

La joven se sentó de nuevo en la barandilla del porche y volvió a balancear las piernas con suavidad, cubiertas ahora hasta casi la mitad del muslo por la camisa.

Stuart Lowell se sentó a su lado.

—Así que te llamas Jenny, ¿eh?

—Sí.
—¿Jenny qué?
—Cramer; Jenny Cramer.
—¿Y dices que tres tipos te arrojaron al agua, después de haberte desnudado?
—Sí.
—¿Por qué te desnudaron?
—Querían violarme. Y lo hicieron. Los tres. Después, me echaron al mar, desde lo alto de un acantilado. El choque contra el agua fue tremendo, porque había unos treinta metros de altura, y perdí el conocimiento. Empecé a tragar agua... y me ahogué.
—Claro.
—Desde entonces he estado flotando entre dos aguas. Hasta hoy.
—¿Es el primer día que sales de paseo, después de muerta?
—Sí.
—Se te olvidó el bolso
—¿Cómo?
Stuart tosió.
—Perdona, era una broma.
—No se debe bromear con los muertos, Stuart.
—Lo sé, es una falta de respeto.
—En efecto.
—¿Puedo preguntarte por qué has salido del mar?
—¿Promete no decírselo a nadie?
—Solemnemente.
—He salido para vengarme.
—¿De quién?
—De los tres tipos que me violaron y me arrojaron al mar, causándome la muerte.
—¿Los conoces?
—Claro. ¿Por qué cree que me echaron por el acantilado, después de abusar de mí? Tenían que matarme, para que no les denunciara a la policía.
—Entiendo.
—Menudo susto se van a llevar cuando me vean.
—Seguro.
—Les haré temblar de terror, antes de acabar con ellos.
—¿Piensas matarlos...?
Jenny Cramer asintió con la cabeza.
—A los tres.
—¿Cómo se llaman?
—No puedo decírselo.
—¿Por qué? He prometido solemnemente no hablar con nadie de esto...
—Aun así, prefiero no darle los nombres de esas tres ratas.
—Está bien, no me lo digas.

Jenny sonrió suavemente.
—Gracias, Stuart
—¿Por qué?
—Por no insistir.
—¿Dónde vinas antes de ese trágico suceso, Jenny?
—Con mis padres.
—¿Y dónde viven tus padres?
—En San Diego.
—Eso ya lo suponía. Yo me refería a la calle.
—Whitmore Avenue.
—¿Número?
—870.
—¿No te gustaría visitarles, Jenny?
—Ya lo creo que me gustaría.
—Yo puedo llevarte en mi coche, si quieres.
—Se lo agradezco mucho, Stuart, pero no es posible.
—¿Por qué no?
—Recuerde que estoy muerta.
—¿Y eso qué tiene que ver? Puedes caminar, hablar, sonreír... Y te conservas de rechupete, ya te lo dije antes. Para ellos será como si estuvieses viva. Se van a volver locos de alegría, ya verás.
Jenny Cramer sonrió tristemente.
—Seguro que sí. Pero le repito que eso no es posible. Ni conveniente. Mis padres ignoran que estoy muerta. Ellos me tienen por desaparecida. Debes pensar que me he largado con un tipo que me gusta, o algo así. Si fuera a verlos, se alegrarían muchísimo, ya lo sé. Pero luego, cuando les dijese que estoy muerta...
—¿Y por qué tienes que decírselo? Que sigan creyendo que estás viva, es mucho mejor para los tres.
—Descubrirían muy pronto la verdad, Stuart
—Te apuesto lo que quieras a que no.
—Usted se dio cuenta en seguida.
—Bueno, porque trabajo en una funeraria, y a fuerza de ver tanto muerto, he aprendido a distinguirlos de los vivos al primer golpe de vista —se le ocurrió decir a Stuart.
Jenny se quedó mirándole.
—¿De veras trabaja usted en una funeraria, Stuart...?
—Sí, desde hace años.
—Jamás lo hubiera imaginado.
—¡Por qué?
—No tiene cara de dedicarse a eso.
—Pues me dedicaré a otra cosa.
—Lo digo en serio, Stuart.
—Bueno, volviendo a lo de antes...

—Por favor, no insista.

—Jenny, tienes que volver a casa, con tus padres.

—Esa ya no es mi casa, Stuart. Mi casa, ahora, es el mar.

—Jenny...

—Ya no soy hija de los Cramer. Ahora soy hija del mar, y a él regresaré cuando haya llevado a cabo mi venganza.

—El fondo del mar debe ser muy húmedo.

—A mí no me afecta la humedad. Ni el frío. Ni el calor. Estoy muerta.

—¡Qué perra has cogido con eso! —rezongó Stuart.

—¿Decía...?

—No, nada. Que cada cual es muy libre de escoger el lugar que prefiera para establecerse. Si a ti te gusta sentirte mojadita todo el tiempo...

—Yo no elegí el mar, Stuart. Me arrojaron a él.

—Sí, ya me lo has contado.

Jenny Cramer se bajó de la barandilla.

—Bien, tengo que marcharme, Stuart.

—¿En busca de los tipos que te violaron y te echaron por el acantilado?

—Sí.

—¿Por qué no te quedas a cenar conmigo, y los buscas después?

—Los muertos no comemos, Stuart.

—Eso que os ahorráis, en comida y en papel higiénico.

—Otro chiste, ¿no?

—Perdona, se me escapó —tosió Stuart.

Jenny Cramer se abrió la camisa, con intención de quitársela, pero Stuart Lowell se la cerró al instante, exclamando:

—¿Qué haces, Jenny...?

—Tengo que devolverle su camisa, Stuart.

—No, puedes llevártela. Te la regalo.

—¿De veras...?

—Sí, tengo muchas.

—Gracias, Stuart. La conservaré como un recuerdo suyo —sonrió Jenny, y le dio un beso en la mejilla.

Luego descendió del porche y caminó por la arena.

Directa hacia el mar...

CAPITULO III

Stuart Lowell dio un respingo al ver que Jenny Cramer se dirigía hacia la playa.

El profesor de dibujo anatómico, al haber fracasado en su intento de llevar a casa a la muchacha rubia, había decidido seguirla sin que ella se diera cuenta, porque se hallaba más convencido que nunca de que se trataba de una enferma mental, pero no esperaba que ella volviese al mar.

Si se metía en el agua no podría seguirla, así que decidió impedirlo, aunque tuviese que recurrirá la fuerza.

—¡Jenny! —llamó, saltando ágilmente por encima de la barandilla del porche.

La preciosa joven se detuvo y volvió la cabeza.

—¿Cambió de idea, Stuart? —preguntó, con una ligera sonrisa.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo de acostarse con una muerta.

—No, sigo pensando como antes —carraspeó Stuart.

—¿Qué es lo que quiere, entonces?

—Impedir que te metas en el agua.

—¿Por qué?

—Temo que cojas un reúma de aúpa.

—Stuart, los muertos no...

—Sí, ya sé lo que vas a decir, que los muertos no pueden coger reúma.

—Exacto.

—Tampoco pueden caminar, ni hablar, ni reír, y tú haces todo eso.

—Sólo hasta que lleve a cabo mi venganza.

—¿Quieres decir que entonces te quedarás tiesa, muda y seria para siempre?

—Así es.

—Entonces no seas tonta y olvida tu venganza.

—¿Que la olvide...?

—O que la aplaces hasta dentro de cincuenta años.

—Eso no es posible, Stuart.

—Hay muchas cosas que no son posibles, y tú pretendes nacerme creer que sí lo son.

Jenny Cramer entornó los ojos.

—Ale ha estado tomando el pelo todo el tiempo, ¿verdad?

—¿Yo a ti o tú a mí?

—Usted no cree que yo esté muerta, Stuart.

—No, no me lo creo.

Jenny se abrió la camisa de par en par.

Stuart, en esta ocasión, no se la cerró.

Ella indicó:

—Póngame la mano sobre el corazón y se convencerá.

Stuart titubeó, por aquello de si sería correcto y honesto hacerlo o no lo sería, pero finalmente mandó al cuerno sus escrúpulos y colocó su mano justo debajo del seno izquierdo de la joven, cálido y duro.

De momento no captó ningún latido.

Jenny sonrió.

—¿Qué me dice ahora, Stuart?

El profesor de dibujo levantó el ya de por sí levantado pecho femenino, con el fin de colocar su mano mas sobre el corazón de la muchacha.

Siguió sin detectar latido alguno.

Extrañado, porque aquello no era normal, Stuart colocó su mano ahora justo encima del seno de Jenny, y presionó sobre su nacimiento.

Nada,

—¿Convencido, Stuart? —dijo la joven.

Stuart Lowell, irritado consigo mismo, por no saber hallar el corazón de la chica, retiró la mano de su pecho, con cierta brusquedad, y le tomó la muñeca izquierda.

Jenny Cramer emitió una risita, prueba evidente de que la situación le divertía.

—Está perdiendo el tiempo, Stuart. Tampoco tengo pulso.

EL desconcierto del profesor de dibujo era patente.

No encontraba el pulso de Jenny Cramer.

Apretó más su muñeca, buscando con el pulgar las venas, pero no hubo manera.

Aparentemente, al menos, a Jenny Cramer no le latía el corazón ni tenía pulso.

Pero Stuart Lowell sabía que eso no podía ser.

El cuerpo de Jenny estaba tibio, prueba evidente de que la sangre circulaba por sus arterias, bombeada por el músculo cardíaco.

Stuart soltó la muñeca femenina y gruñó:

—Ignoro la razón que me impide encontrar tu pulso y percibir los latidos de tu corazón, Jenny, pero tú estás tan viva como yo.

La joven rió.

—¡Pero qué terco es usted, Stuart!

—No es terquedad, es pura lógica.

—¿Qué más puedo hacer para convencerle de que estoy muerta?

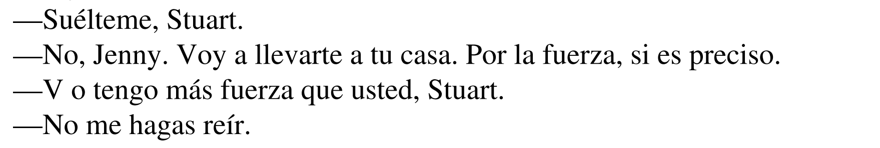
—Dejar que te lleve a tu casa. Tus padres llamarán a un médico y él te examinará. ¿Estás de acuerdo?

—No, no lo estoy. Ya le dije antes que mi casa, ahora, es el mar.

—Eso es un disparate como la copa de un pino.

—Piense lo que quiera, Stuart —dijo la joven, cerrándose la camisa y echando a andar hacia el mar.

Stuart Lowell dio un par de zancadas y la agarró por un brazo, el izquierdo, obligándola a detenerse.



Jenny Cramer le miró duramente.

—Suélteme, Stuart.

—No, Jenny. Voy a llevarte a tu casa. Por la fuerza, si es preciso.

—V o tengo más fuerza que usted, Stuart.

—No me hagas reír.

—No me obligue a demostrárselo, Stuart. Es usted un tipo simpático, y no quisiera hacerle daño.

—Ni yo a ti, Jenny, de modo que...

Stuart Lowell no pudo seguir hablando.

Jenny Cramer le había aprisionado la muñeca con su mano derecha y se la estaba apretando con una fuerza que parecía increíble pudiera poseer una mujer.

Stuart, asombrado, trató de resistir, pero finalmente exhaló un gemido de dolor y abrió la mano, soltando el brazo izquierdo de la muchacha.

Ella le soltó a su vez la muñeca y dijo:

—Lo siento, Stuart. No quena hacerte daño.

El profesor de dibujo anatómico se frotó la dolorida muñeca y murmuró:

—¿Qué clase de poder tienes, Jenny?

—El poder que da el deseo de venganza, cuando es tan ferviente como el mío —respondió ella.

—Se trata de un poder sobrenatural, ¿verdad?

—Sí.

—¿Enviado desde el Más Allá?

—Sí.

—Empiezo a entender.

—¿De veras?

—Eres una bruja, Jenny.

La joven sacudió la cabeza.

—Se equivoca, Stuart. Ni soy bruja, ni entiendo nada sobre brujería. Soy sólo una muerta que quiere vengarse de los tres miserables que me violaron en vida y luego me arrojaron al mar desde lo alto de un acanillado.

Quien sacudió la cabeza ahora fue Stuart Lowell.

—No, Jenny... Puedo aceptar cualquier historia, por inverosímil que sea, pero no admitiré que estés muerta.

—Lo estoy, Stuart. Se lo repito por enésima vez.

—No, no...

—Adiós, Stuart —dijo la joven, y caminó hacia e! mar.

Stuart Lowell, tras unos segundos de vacilación, echó a correr y salló sobre la espalda de Jenny Cramer, derribándola.

El profesor de dibujo también cayó.

Sobre la muchacha.

Rápidamente le sujetó los brazos contra la arena.

Jenny, boca abajo, dijo serenamente:

—Suélteme, Stuart.

—No, Jenny.
—Entonces, tendré que hacerle una nueva demostración de mi poder.
—Te aconsejo que no lo intentes, porque yo también puedo hacerte daño.
Jenny sonrió.
—¿Qué daño puede hacer un vivo a un muerto?
—Mucho más que un muerto a un vivo —repuso Stuart.
—Si se tratara de un muerto vulgar y corriente, tal vez. Pero yo soy Jenny, la hija del mar, y puedo conseguir todo lo que me proponga.
—Si me pones en apuros, te dejaré inconsciente de un puñetazo, te lo advierto. Jamás he golpeado a una mujer, pero...
Stuart Lowell no pudo acabar la frase.
Jenny Cramer había alzado bruscamente su trasero, como un caballo su grupa, y el profesor de dibujo, que se hallaba sentado sobre las prietas nalgas femeninas, a horcajadas, salió despedido por encima de la cabeza de la joven y dio un par de volteretas por la arena.
Cuando se detuvo y buscó con la mirada a Jenny, ella ya se había puesto en pie y le contemplaba a su vez, con gesto burlón y la camisa abierta, mostrando su maravillosa desnudez, ahora salpicada de arena.
—¿Convencido ya de que no puede obligarme a hacer nada que yo no quiera, Stuart?
Stuart Lowell no respondió.
Siguió tirado en la arena.
Mirando con fijeza a la joven.
Jenny Cramer, sin molestarse en cerrarse la camisa esta vez, movió las piernas en dirección al mar.
Stuart, que no se daba por vencido, se arrojó sobre ella y le agarró las piernas, haciéndola caer de nuevo.
En esta ocasión, y conociendo ya la extraordinaria fuerza física de Jenny Cramer, trató de dejarla sin conocimiento cuanto antes, y con ese propósito disparó su puño derecho, que se estrelló en la suave barbilla femenina.
Jenny ladeó la cabeza, al recibir el golpe, pero, sorprendentemente, no perdió el sentido.
Siguió despierta y sonriente, como si hubiese recibido mía delicada caricia, en vez de un castañazo.
Stuart se dispuso a asestarle otro puñetazo, pero fue Jenny quien se lo asestó a él.
Y qué puñetazo...
Ni un campeón del peso pesado podría golpear con tanta potencia.
Stuart Lowell salió catapultado hacia atrás y rodó por la arena, pero él no se enteró de que rodaba, porque ya había perdido el conocimiento.
Y milagro fue que no perdiera también un par de dientes.
Jenny Cramer se incorporó tranquilamente, fresca como una rosa, aunque ella se había hartado de repetir que estaba muerta.
Contempló cariñosamente al desvanecido profesor de dibujo anatómico,

quien habla quedado boca arriba, con la cabeza ladeada y los brazos abiertos.

—Adiós, Stuart. Y perdóname por haberte golpeado tan fuerte, pero era necesario —dijo, inclinándose sobre él y acariciándole el mentón, porque era allí donde le había atizado duro.

Después se irguió y caminó hacia el mar, con la camisa acierta.

Sin ninguna prisa, fue adentrándose en el agua. Rodillas, caderas, pecho, hombros...

Ya sólo se le veía su rubia cabeza.

Jenny la volvió un instante y dio una última mirada a Stuart Lowell, llena de ternura.

—Stuart... —musitó.

Luego avanzó un poco más y desapareció por completo en el mar.

CAPITULO IV

Stuart Lowell tardó casi media hora en volver en sí.

Lo primero que hizo fue llevarse la mano a la mandíbula, donde sentía un agudo dolor.

Con alguna dificultad, irguió su desnudo torso, quedando sentado en la arena.

Miró a su alrededor.

Ni rastro de Jenny Cramer.

Stuart posó su mirada en el mar.

Por allí se había ido.

Por donde había surgido.

El profesor de dibujo anatómico permaneció algunos minutos con los ojos fijos en el mar, mientras su mente daba un repaso a todo lo sucedido aquella tarde.

Le pareció tan ilógico, tan inverosímil, tan irreal, que empezó a dudar de que hubiera sucedido de verdad.

¿No habría sido todo un sueño?

A lo mejor se había quedado dormido, presenciando la maravillosa puesta de sol, y...

No, maldita sea.

De haberse quedado dormido, hubiese sido en la hamaca, no tirado en la arena como un borracho, muy cerca del mar.

Y estaba el dolor de mandíbula, para demostrar que Jenny le había arreado un soberano sopapo.

Y estaba el dolor de muñeca, para demostrar que Jenny se la había apretado con increíble fuerza.

Y estaba su torso desnudo, para demostrar que Jenny había regresado al mar con su camisa.

No.

De sueños, nada.

Todo había sido real.

Increíble, pero real.

Por tanto, había que hacer algo.

Y Stuart Lowell lo hizo.

Para empezar, se puso en pie, se limpió el torso de arena y caminó hacia su casa.

Su pipa seguía en el suelo del porche.

Stuart la recogió, la dejó sobre la hamaca y entró en la casa.

Fue directo a su dormitorio, de cuyo armario extrajo una camisa grana, que se enfundó seguidamente.

Antes de salir de la casa, fue al cuarto de baño y se miró en el espejo del lavabo.

—Dios... —musitó, al descubrir el amplio moretón que se le había formado en la mandíbula.

Se lo rozó con las yemas de los dedos, muy levemente.

—¿Qué es Jenny Cramer, una mujer o una mula? —se preguntó en voz alta.

Stuart descubrió que llevaba arena en el pelo y se lo sacudió, haciéndola caer sobre el lavabo. Luego salió del cuarto de baño y abandonó la casa.

Su coche, un «Ford» no demasiado nuevo, pero que tampoco estaba como para llevarlo a un cementerio de coches, especialmente porque el motor respondía todavía bastante bien, se hallaba en una especie de cobertizo que el propio Stuart se había construido para eso precisamente, para guardar su automóvil.

El profesor de dibujo abrió el cobertizo, subió a su coche y puso el motor en marcha, sacándolo de allí.

Instantes después, el «Ford» de Stuart Lowell circulaba por la carretera, en dirección a San Diego.

Stuart tenía buena memoria, y recordaba perfectamente la dirección de los padres de Jenny Cramer: 870 de Whitmore Avenue.

Tría a su casa y les informaría de lo sucedido.

* * *

Por aquella misma carretera, sin apenas tráfico, circulaba otro coche.

Se trataba de un «Plymouth» azul, y lo conducía un tipo delgado, de pelo rojizo y cara simpática.

El joven, de unos veinticuatro años de edad, iba silbando una conocida melodía.

De pronto, por sus encanutados labios dejó de salir el aire.

Y no era para menos.

La chica que acababa de surgir a un lado de la carretera se cubría con una delgada camisa de hombre, muy vistosa y deliciosamente adherida a sus formas de mujer joven y esbelta, porque se hallaba empapada de agua.

También el cabello de la chica, largo y rubio, chorreaba agua.

La muchacha alzó el brazo, rogando al conductor del «Plymouth» que se detuviera.

El gesto no era necesario, pues el pelirrojo hubiera detenido igualmente su coche.

El «Plymouth» azul frenó justo delante de la chica rubia.

Esta, con una dulce sonrisa en los labios, preguntó:

—¿Se dirige a San Diego?

—Sí —respondió el pelirrojo, que había sacado la cabeza por la ventanilla.

—¿Le importaría llevarme?

—Será un placer, preciosa. Anda, sube.

—Gracias —amplio su sonrisa la chica, y pegó una graciosa carrerita hacia

el otro lado del coche.

El pelirrojo le abrió la puerta y ella subió al «Plymouth».

Se observaron mutuamente.

El conductor del «Plymouth», sin poner el coche en marcha, preguntó:

—¿Cómo te llamas, encanto?

—Jenny. ¿Y usted?

—David. Y tutéame, por favor.

—De acuerdo.

—¿Puedo preguntarte qué te ha pasado, Jenny?

—¿Y por qué tendría que haberme pasado algo?

—Llevas una camisa de hombre, y chorreas agua...

—Chorreo agua porque acaba de salir del mar, y llevo esta camisa de hombre porque le tengo mucho cariño. Me la regaló un amigo, muy apuesto y muy simpático.

El pelirrojo posó su mirada en los túrgidos senos femeninos, cuyos erguidos pezones, así como la amplia aureola de los mismos, se dibujaban perfectamente bajo la mojada camisa.

—No llevas nada debajo, ¿verdad? —murmuró.

—Nada —confirmó Jenny.

—¿Ni siquiera un pantaloncito?

—Nada, ya te lo he dicho.

—¿Y cómo es eso?

—Me siento más cómoda así —sonrió maliciosamente Jenny.

Fue suficiente para que el pelirrojo, excitado ya por la proximidad del hermoso y tentador cuerpo femenino, se decidiera a alargar su mano y posarla sobre el muslo izquierdo de Jenny.

Ella no dijo nada.

Siguió mirándole, con aquella deliciosa sonrisa en los labios.

—¿Puedo besarte, Jenny? —preguntó David.

—Claro.

David le acercó el rostro y la besó en la boca, larga y apretadamente, mientras su mano acariciaba los suaves muslos femeninos, ascendiendo luego por la cadera derecha, hasta alcanzar los rotundos senos de Jenny, que oprimió con calor.

Jenny, sin embargo, no acusaba lo más mínimo las apasionadas caricias del pelirrojo, y éste no tardó en darse cuenta.

Extrañado, separó su boca de la de ella y preguntó:

—¿Qué diablos te pasa, Jenny?

—¿A mí?

—Tu cuerpo no se estremece al contacto de mis manos, no vibra de placer...

—Porque no siento ninguno.

—¿Qué?

—Es la verdad, David. No siento nada.

El pelirrojo, herido en su orgullo de hombre, le abrió la camisa y la dejó con los senos al aire.

Y con todo lo demás también, claro.

—Ahora lo sentirás, preciosa —aseguró, y hundió su cabeza entre los erguidos pechos femeninos, empezando a besarlos, a morderlos, a lamer sus rosados pezones, al tiempo que su mano buscaba el sexo de Jenny.

Lo encontró, porque ella no hizo nada por ocultarlo, y David pudo acariciarla íntimamente, pero sin ningún resultado.

Jenny no se estremecía, ni suspiraba, ni gemía, ni nada de nada.

El pelirrojo, cada vez más furioso, se olvidó de los pechos de la fría rubia y hundió su cara entre los muslos de ella, descaradamente separados, como si quisiera dar todo tipo de facilidades.

Y así era, en efecto.

Pero no por lo que David se imaginaba, sino para excitarlo a él más y más, y conseguir eso, que hundiera su cabeza allí, loco de deseo.

Entonces Jenny levantó su mano izquierda y la dejó caer con fuerza sobre la nuca masculina.

De canto.

Como si fuera un hacha.

El pelirrojo emitió un extraño sonido gutural y quedó como muerto, la cabeza entre las piernas de Jenny.

Esta lo agarró por las orejas y lo levantó, dejándole caer hacia el otro lado.

Rápidamente, Jenny bajó del coche, lo rodeó, y abrió la otra puerta.

Como el inerte cuerpo del pelirrojo descansaba en ella, cayó sobre la carretera.

Jenny lo agarró por los brazos y lo arrastró con sorprendente facilidad fuera de la carretera, dejándolo oculto tras unos arbustos.

Luego regresó al coche y se sentó al volante.

Antes de ponerlo en marcha se cerró la camisa, cubriendo sus pechos y lo demás.

Segundos después, el «Plymouth» azul rodaba de nuevo por la carretera, en dirección a San Diego.

CAPITULO V

Stuart Lowell detuvo su «Ford» frente al 870 de Whitmore Avenue.

Correspondía a una bonita casa de dos plantas, que disponía de algunos metros de césped en la parte delantera, donde también se veían diversas plantas con hermosas flores.

Stuart salió del coche y caminó hacia la casa, cuyo timbre pulsó.

Treinta segundos después, la puerta se abría y una atractiva joven se dejaba ver.

Veintidós o veintitrés años.

Morena.

Alta.

Esbelta...

La chica, que lucía un ligero vestido de color manzana, con finos tirantes y escote cuadrado, por el que asomaban discretamente sus erectos y armoniosos senos, observó, visiblemente impresionada, el amplio moretón que el profesor de dibujo anatómico exhibía en su maxilar inferior.

—¿Quién le golpeó...?

—No se lo va a creer —repuso Stuart, rozándose el manchón azulado.

—¿Por qué?

—Fue una mujer quien me atizó.

—¿Una mujer...? —pestañeó la joven.

—Con un palo, supongo...

—Con el puño.

—No es posible.

—Le aseguro que sí. Me soltó un derechazo y rae puso fuera de combate.

—A un hombre tan alto y tan fuerte como usted...

—Yo fui el primer sorprendido, créame. Aunque me habían sorprendido ya tantas cosas, que por una más...

—¿Por qué le sacudió esa mujer?

—Es una larga historia.

—¿Por qué no me la cuenta?

—¿Es usted de la familia?

—¿De qué familia?

—De la familia Cramer.

—No, no pertenezco a ella.

—Pero los Cramer viven aquí, ¿no?

—Sí, ésta es su casa.

—He venido a hablar con ellos.

—Oh, pues lo siento mucho, pero en este momento no están.

—Qué mala suerte.

—Bueno, no creo que tarden en regresar. Si quiere pasar y esperarles...

—Sí, gracias.

—Entre.
Stuart penetró en la casa.
Esperó a que la atractiva morena cerrase la puerta y entonces se presentó:
—Me llamo Stuart Lowell y soy profesor de dibujo anatómico.
—Yo soy Kay Shepard, una amiga de los Cramer.
—Mucho gusto, Kay.
—El gusto es mío, profesor —sonrió con singular encanto la joven, estrechando la mano que le ofrecía Stuart.
—Por favor, llámeme Stuart.
—Anatómico viene de anatomía, ¿no?
—En efecto.
—O sea, que es usted profesor de dibujo del cuerpo humano.
—Exacto.
—Que interesante.
—¿De veras se lo parece?
—Olí, sí, mucho. Porque me imagino que los modelos, tanto hombres como mujeres, posarán desnudos para los alumnos...
—Completamente.
Kay Shepard le guiñó malévolamente el ojo.
—La de mujeres en traje de Eva que habrá visto usted, ¿eh, pillín?
—Muchas, es cierto —rió Stuart
—Ya no debe darle importancia a nada.
—Bueno, eso depende del momento.
Ahora fue Kay quien rió.
—Me parece que sé a lo que se refiere. Venga conmigo, Stuart —rogo.
El profesor de dibujo se dejó conducir por la simpática joven, quien le llevó a la sala de estar.
—Tome asiento, Stuart.
—Usted primero, Kay.
Kay Shepard se dejó caer en el sofá, y Stuart Lowell se sentó a su lado.
—¿Me cuenta ya la historia del sopapo? —dijo ella.
—Antes quisiera hacerle algunas preguntas, Kay, si no le importa.
—En absoluto. Pregunte lo que quiera.
—Por su edad, imagino que será usted más amiga de Jenny Cramer que de sus padres, ¿no?
El bello rostro de Kay Shepard se ensombreció.
—Lo era —murmuró.
Stuart Lowell frunció el ceño.
—¿Por qué habla en tiempo pasado?
—Jenny desapareció, ¿no lo sabía usted?
—¿Cuánto hace que desapareció?
—Un año justo.
Stuart respingó.
—¿Desde hace un año no saben sus padres nada de ella...?

Kay movió negativamente la cabeza.

—Absolutamente nada. La policía la buscó por todo el país, pero sin ningún resultado. No halló ni rastro de ella. Sus padres, y yo misma, pensamos que Jenny fue raptada por alguna pandilla de indeseables, seguramente para abusar de ella, y luego de saciar su sucio deseo la asesinaron e hicieron desaparecer su cadáver. Jenny era una muchacha preciosa, con una figura espléndida, y hay tanto desalmado por el mundo...

Stuart se mantuvo callado casi un minuto, mientras contemplaba a Kay, cuyos ojos se habían humedecido ligeramente.

De pronto dijo:

—Jenny no está muerta, Kay.

La joven respingó en el sofá.

—¿Cómo lo sabe usted? ¿Tiene alguna noticia de ella? ¿Conoce su paradero?

—La he visto, Kay.

Kay Shepard, muy nerviosa, le agarró por los hombros.

—¿Que la ha visto, dice...?

—Sí; esta misma tarde.

—¿Dónde?

—En la playa, a unos quince kilómetros de la ciudad.

Kay le apretó los hombros con fuerza.

—¿Está seguro de que era Jenny, Stuart?

—Bueno, ella dijo que se llamaba así, Jenny Cramer, y que sus padres vivían aquí, en el 870 de Whitmore Avenue.

—¡Dios bendito, qué alegría! —exclamó Kay Shepard, abrazándose al profesor de dibujo, con tanto ímpetu, que casi lo tumba de espaldas en el sofá.

Stuart le dio unas cariñosas palmaditas en la espalda.

—Serénese, Kay. Tenemos que seguir hablando de Jenny.

La joven se separó de él, los ojos llenos de lágrimas.

Stuart extrajo su pañuelo y sé lo ofreció.

—Séquese esos ojos tan bonitos.

Ella sonrió.

—Gracias, Stuart. Estoy tan contenta y tan emocionada que...

—Lo que voy a decirle le va a costar de creer, Kay, pero le juro por lo más sagrado que es cierto.

Kay Shepard se estremeció visiblemente.

—No me asuste, Stuart.

—No pretendo asustarla, sólo prepararla para lo que va a oír, no sea que me tome usted por loco y llame a un manicomio.

—¿Tan fantástico es lo que...? —parpadeó la joven.

—Juzgue usted misma, Kay —dijo Stuart, y pasó a referirle lo sucedido.

Todo.

Desde que él viera emerger del agua a Jenny, completamente desnuda, hasta que ella le dejara sin sentido de un tremendo puñetazo, aunque en varios

momentos se vio interrumpido por las exclamaciones de asombro de Kay Shepard.

El relato dejó tan atónita a la joven, que al término del mismo fue incapaz de articular palabra, pese a que movió la boca con esa intención.

Finalmente consiguió balbucir:

—Así... así que fue Jenny quien le golpeó...

—Sí —asintió Stuart.

—Con una potencia increíble...

—Posee una fuerza sobrenatural, como ya le he contado.

—Enviada desde el Más Allá...

—Eso dice ella.

—¿Usted lo cree, Stuart?

—No sé qué pensar, Kay. Si Jenny hubiese admitido ser una bruja, o tener al menos conocimientos de brujería... Pero no, lo negó rotundamente. Repite una y otra vez que está muerta, y no hay quien la saque de allí.

—Su corazón no late...

—Claro que late.

Kay Shepard se desconcertó.

—¿No dijo usted que le puso la mano en el pecho, y...?

—Sólo dije que no pude percibir sus latidos, pero eso no quiere decir que su corazón no lata. Cuando un corazón se para, la persona muere, su cuerpo se queda blanco y frío... El cuerpo de Jenny está cálido, y tiene un color precioso —repuso Stuart Lowell.

—Tampoco encontró su pulso...

—Es cierto. Pero digo lo mismo de antes. Que yo no encontrara su pulso no quiere decir que no tenga. Jenny está viva, Kay. No sé qué diablos le ha ocurrido en el año que lleva sin dejarse ver por casa, pero está tan viva como usted y como yo.

Kay Shepard no habló.

Stuart Lowell, segundos después, preguntaba:

—¿Tiene usted idea de quiénes pueden ser esos tres tipos que, según Jenny, la desnudaron, la violaron, y luego la arrojaron al mar desde lo alto de un acantilado, Kay?

—No —respondió la joven.

—Jenny les conoce...

—¿No se los describió?

—No, no quiso decirme nada sobre ellos.

—Lo siento, Stuart, pero no tengo idea de quienes puedan ser.

—Pues es una lástima, porque es seguro que Jenny irá a buscarles, y si supiésemos quiénes son...

—¿Cree usted que les matará, Stuart?

—Con la fuerza que tiene, es muy posible. No me gustaría estar en la piel de esos tipos, desde luego.

—¿Qué podemos hacer, Stuart?

—No lo sé, Kay. Que los padres de Jenny decidan, cuando conozcan lo sucedido.

Kay Shepard se mordió los labios.

—Stuart...

—¿Sí, Kay?

—No diga nada a los padres de Jenny.

Stuart Lowell arqueó las cejas.

—¿Pretende que les oculte que...?

—Todo, Stuart.

—Kay, los padres de Jenny tienen derecho a saber...

—Ingrid, la madre de Jenny, está enferma del corazón. Ha sufrido mucho en este año, Stuart. También Edwin, su padre, está algo delicado. Una impresión tan grande podría ser fatal para ellos. Especialmente para Ingrid.

—Pero...

—Esperemos un poco, Stuart. Ya se lo diremos cuando sepamos dónde encontrar a Jenny, y qué es lo que le pasa realmente. Usted y yo la buscaremos y lo averiguaremos.

—El mar es muy grande, Kay.

—No bromee, Stuart. Usted sabe que Jenny no puede estar en el mar.

—De él emergió...

—Lo sé, pero tiene que haber una explicación lógica para eso.

—Sí, eso pienso yo.

—Seguramente utilizó un equipo de buceo,

—Es posible.

—¿Sabe lo que pienso, Stuart?

—¿Qué?

—Que Jenny le hará otra visita.

—¿A mí?

—Estoy segura.

—Ojala sea así, porque...

—La estaremos esperando, Stuart.

—¿Usted y yo?

—Sí. Me instalaré en su casa. No le importa, ¿verdad?

—No, claro que no.

—Decidido, pues.

El profesor de dibujo carraspeó.

—Kay...

—¿Sí, Stuart?

—Mi casa es más bien pequeña, y sólo dispongo de una cama; la mía.

—Oh, no se preocupe por eso. Soy delgada, ocupo poco espacio —sonrió Kay.

Stuart abrió la boca.

—¿No le importa dormir conmigo...?

—En absoluto. Siempre que sólo sea eso, dormir —puntualizó Kay, con

malicioso gesto.

—Será difícil no pensar en otras cosas.

—Para usted, no. Ha visto tantas modelos desnudas...

—Pero no me he acostado con ellas.

—Con más de una habrá hecho el amor, no lo niegue.

—Bueno, yo... —tosió Stuart.

Kay rió y se puso en pie.

—Será mejor que se marche, Stuart, antes de que regresen los padres de Jenny.

—Sí, tiene razón —se levantó también el profesor de dibujo.

—Espéreme en su coche. En cuanto vuelvan los Cramer, me excusaré con ellos y me reuniré con usted.

—De acuerdo, Kay.

Kay Shepard tomó familiarmente del brazo a Stuart Lowell y le llevó hacia la puerta de la casa.

CAPITULO VI

Philip Bloom, veinticinco años de edad, estatura media, más bien delgado, abundante y rizada cabellera color whisky, entró en su apartamento, pequeño y desordenado.

Lo primero que hizo fue sacarse la ceñida camiseta amarilla y así, con el torso desnudo, se acercó al frigorífico.

Lo abrió y atrapó una lata de cerveza.

Tenía sed.

Y calor.

La cerveza fría aplacaría su sed y le refrescaría por dentro.

Philip abrió la lata y bebió un largo trago.

Después se dejó caer en un sillón, montó la pierna derecha sobre el brazo del mismo, y así, bien repantigado, se llevó de nuevo la lata de cerveza a los labios.

Se disponía tomar el segundo trago, cuando escuchó una especie de chapoteo.

Philip Bloom saltó del sillón y miró hacia el cuarto de baño, porque el chapoteo había sonado allí.

Había alguien en el baño.

O algo...

Philip, que era más bien un tipo asustadizo, se llevó rápidamente la mano al bolsillo trasero de sus ajustados tejanos y extrajo la navaja de resorte que siempre llevaba consigo.

Oprimió el pequeño botón.

La hoja de acero brotó instantáneamente, ancha y destellante, produciendo un leve chasquido.

Philip Bloom, tenso como una cuerda de piano, esperó, la respiración contenida.

Unos quince segundos después, se escuchó un nuevo chapoteo.

Philip se humedeció los labios con la lengua, porque se le habían quedado muy secos, y avanzó hacia el cuarto de baño.

Despacio.

Silencioso.

La navaja por delante...

La puerta estaba cerrada.

Philip atrapó el dorado pomo con la mano izquierda, húmeda de sudor, y lo hizo girar.

Muy lentamente.

Sin el menor ruido.

En dio estaba, cuando escuchó el tercer chapoteo.

Philip Bloom no lo dudó más.

Acabó de girar el pomo y abrió la puerta.

Con brusquedad.

La luz del baño estaba encendida, y ello le permitió descubrir en el acto la causa de los chapoteos.

Los producía, con sus pies, la chica que se hallaba acostada en la bañera, completamente desnuda y con la cabeza metida en el agua, sus largos y rubios cabellos flotando en ella.

Tenía las rodillas levantadas y separadas, mostrando descaradamente su sexo.

Una visión sumamente excitante, pero Philip Bloom sólo tenía ojos para el rostro de la chica.

Y que ojos...

Estaban tan dilatados que las bolas parecían a punto de saltar de sus cuencas y quedarle colgando sobre las mejillas.

Y qué mejillas...

Estaban tan blancas que parecían de mármol.

Y, ciertamente, había motivos para ello.

La chica que permanecía sumergida en la bañera, desnuda y con una fría sonrisa en los labios, era Jenny Cramer.

Philip Bloom la había reconocido apenas descubrirla, de ahí su infinito terror.

No era posible.

Jenny Cramer no podía estar viva.

El, Luke Truslow y Rich Holcer, la arrojaron al mar después de haberla violado, y de eso hacía ya un año, por lo menos.

Nadie que sea arrojado al mar desde un acantilado de treinta metros puede sobrevivir. El choque contra el agua, durísimo, le deja sin sentido, y muere ahogado.

Y aunque no llegara a quedar inconsciente, moriría igualmente, al ser estrellado su cuerpo, una y otra vez, contra las rocas, impulsado por las olas.

Philip Bloom empezó a pensar que estaba viendo visiones, que todo era producto de su imaginación.

Cerró los ojos.

Apretadamente.

Tardó más de un minuto en abrirlos de nuevo

No había servido de nada.

Jenny Cramer seguía allí, acostada en la bañera, totalmente sumergida en el agua, a excepción de las rodillas, y le miraba fijamente, con aquella gélida sonrisa en los labios, absolutamente inmóvil, dando la extraña sensación de que podía respirar perfectamente bajo el agua.

O que no necesitaba hacerlo...

De pronto, Jenny empezó a levantar la cabeza.

Lentamente.

La sacó del agua

Sacó también su torso.

Luego se irguió...

Con desesperante lentitud.

Sin pronunciar palabra salió de la bañera, manchando el suelo de agua.

Philip Bloom, tembloroso y desencajado, retrocedió un paso.

Jenny Cramer dejó oír su voz:

—No huyas, Philip. Nadie puede huir de mí.

Dio un paso hacia él.

Philip la amenazó con su navaja.

—No te acerques, fantasma.

—No soy un fantasma, Philip. Soy real, de carne y hueso. Tócame y te convencerás.

Philip Bloom, cautelosamente, alargó el brazo izquierdo y tocó el seno derecho de Jenny Cramer.

Efectivamente, aquello era carne, cálida y firme.

—¿Lo ves? —dijo Jenny.

Philip retiró la mano de repente y balbució:

—No, no puede ser... Tú estás muerta, Jenny...

—Eso es verdad.

—¿Admites que estás muerta...?

—Claro. Desde hace un año. Justamente hoy se cumple el primer aniversario de mi muerte. Bonita forma para iniciar mi venganza. Porque he salido del mar para eso, Philip: para vengarme. De ti, de Luke y de Rich.

El terror de Philip Bloom se acentuó visiblemente y resultaba cómico ver cómo le temblaba la navaja en la mano.

Jenny Cramer dio otro paso hacia él

Philip pegó un salto hacia atrás.

—¡No te acerques, fantasma!

—Los fantasmas se ven, pero no se pueden tocar, porque son espíritus, seres inmateriales... Tú me has tocado, Philip; has palpado mi carne. No me sigas llamando fantasma, porque no lo soy. Soy, sencillamente, una muerta que ha regresado del lugar donde tú, Luke y Rich me arrojasteis desnuda, después de abusar de mí hasta hartaros. Y ya te he dicho por qué he salido del mar. Para vengarme de vosotros. De mis violadores. De mis asesinos...

El blanquecino rostro de Philip Bloom brillaba de sudor, al igual que su cuello, sus hombros, sus brazos y su pecho.

Era un sudor frío, helado, causado por el terror que sentía, cada vez más intenso.

Jenny Cramer fue hacia él.

Philip, en vez de retroceder, se armó de valor y la atacó con su navaja, tomando como blanco el liso vientre femenino.

Jenny no se apartó, y el acero se hundió en su carne hasta la empuñadura.

Philip se aterró aún más al ver que no salía ni una sola gota de sangre de la herida.

Soltó la navaja.

Su mano ya no tenía fuerza para apretar su empuñadura.

Jenny, que ni siquiera había pestañeado al recibir el terrible navajazo, y seguía sonriendo fríamente, tomó la navaja con su maño derecha y la desclavó suavemente.

Philip casi se desmayó al ver salir el acero del vientre de Jenny, y cuando estuvo totalmente fuera, y vio que en la piel femenina no quedaba señal alguna, ya no pudo resistir más y se desplomó como un fardo, quedando inmóvil en el suelo, desvanecido.

* * *

El frescor del agua reanimó a Philip Bloom.

El agua de la bañera.

Jenny Cramer acababa de meterle en ella. Completamente desnudo.

Las manos, fuertemente atadas a la espalda.

También sus pies estaban atados.

Jenny ya no estaba desnuda.

Ahora se cubría con una ligera camisa de hombre.

La que le regalara Stuart Lowell.

—Llegó tu hora, Philip —dijo, con una frialdad que erizaba el vello.

Philip Bloom, con el agua al cuello, porque la bañera estaba llena hasta los bordes, suplicó:

—No...

—Sí, Philip. Tú, Luke y Rich me asesinasteis a mí, y es justo que yo os asesine a vosotros. Y vais a tener el mismo fin que yo: moriréis ahogados.

—No, no...

—Sí, sí.

—Ten piedad de mí, Jenny...

—¿Acaso la tuvisteis vosotros conmigo?

—Fue idea de Luke...

—Es posible. Pero me violasteis los tres. Y entre los tres me arrojasteis al mar.

—Yo no quería, Jenny, te lo juro...

—¿Qué no querías, violarme o arrojarme desde lo alto del acantilado?

—Ninguna de las dos cosas.

—Pues me poseíste con mucho ardor, para no tener ganas.

—Para no hacer el ridículo delante de Luke y Rich.

—No sigas mintiendo, Philip. Eso no te librará de la muerte.

—Jenny...

Philip Bloom no pudo seguir hablando.

Jenny Cramer le había agarrado los pies y tirado de ellos con brusquedad.

El trasero del violador resbaló en la bañera y Philip no pudo hacer nada por impedir que su cabeza se sumergiera en el agua.

Con los ojos extremadamente abiertos se agitó en la bañera, luchando

desesperadamente por sacar la cabeza del agua, pero Jenny no le soltó los pies.

Philip no quería abrir la boca, pero cuando el aire se agotó en sus pulmones, no tuvo más remedio que hacerlo.

Empezó a tragar agua.

En cantidad.

Sus movimientos se hicieron más angustiosos, más desesperados, pero Jenny Cramer siguió sujetándole los pies en alto, pese a los violentos tirones que él daba.

Poco tiempo después, Philip Bloom, con una expresión horrible en su cara, dejaba de agitarse en la bañera. Sus pulmones estaban llenos de agua.

Y él, muerto.

Entonces, y sólo entonces, Jenny Cramer le soltó los pies.

Philip Bloom había recibido su merecido.

Luke Truslow y Rich Holcer también lo recibirían.

CAPITULO VII

Sentado al volante de su «Ford», Stuart Lowell vio llegar a los padres de Jenny, la tristeza y el abatimiento claramente reflejados en sus rostros.

Los Cramer entraron en su casa.

Escasos minutos después, Kay Shepard salía de ella, con un bolso colgado del hombro.

Stuart alargó el brazo y abrió la puerta del coche.

Kay subió a él.

—¿Se le ha hecho larga la espera, Stuart?

—No, porque pensaba en usted.

—Agradezco el piropo, pero no creo que sea verdad que estuviese pensando en mí. De pensar en alguien, pensaría en Jenny.

—También he pensado en ella, lo confieso.

—La encontraremos, Stuart.

—¿ Sigue pensando que Jenny me hará otra visita?

—¿Se apuesta algo?

—Un beso.

—¿Cómo un beso?

—Si Jenny viene a verme, gana usted y me veré obligado a darle un beso; si no viene, gano yo y será usted quien se vea obligada a dármelo a mí.

—Es usted un zorro, Stuart.

—¿Por qué?

—Gane quien gane, habrá beso.

—Sí, pero no es lo mismo darlo que recibirlo, Kay.

—A mí me parece que sí.

—¿Acepta o no?

—Acepto, porque me cae usted bien. Que yo no beso ni me dejo besar por cualquiera, ¿eh?

—Ya supongo que no —sonrió Stuart

—Vamos, ponga el coche en marcha.

—En seguida.

—Pasaremos por mi apartamento. Tengo que recoger algunas cosas.

—¿Dónde vive usted, Kay?

Kay Shepard se lo dijo y Stuart Lowell dirigió su coche hacia allí.

* * *

Media hora después, el «Ford» del profesor de dibujo anatómico se detenía en la playa, frente a la casa de éste.

—Aquí es, Kay.

—Un lugar encantador, Stuart

—Me alegro de que le guste.

—Yo me sentiría muy feliz viviendo en un lugar como éste.
—Puede quedarse en mi casa todo el tiempo que quiera.
—Su proposición es bastante descarada, ¿no le parece?
—No es una proposición, sino una simple invitación, hecha con la mejor de las intenciones.
—Pues a lo mejor la acepto.
—Me daría una gran alegría, Kay.
—Lo pensaré, Stuart.
—Salga del coche, Kay. Voy a meterlo en el cobertizo.
Kay Shepard tomó su maleta, que descansaba en el asiento trasero, y descendió del «Ford».
Stuart Lowell lo introdujo en el cobertizo y se reunió con la joven.
Kay había subido al porche, y desde allí contemplaba el mar.
Stuart adivinó que estaba pensando en Jenny Cramer, y tomándola del brazo con delicadeza, dijo:
—Entremos, Kay.
—Sí... musitó ella.
Entraron en la casa, cuyas luces encendió el profesor de dibujo.
Kay Shepard lo observó todo con curiosidad.
—¡Qué casa tan bonita, Stuart!... —comentó.
—¿De veras le gusta?
—Me encanta.
—Le mostraré el dormitorio.
—Usted no pierde el tiempo, ¿eh?
—Oiga, que yo sólo... —carraspeó Stuart.
Kay rió.
—Sólo era una broma.
—Ah, bueno —rió también Stuart—. Venga conmigo, Kay.
Entraron en el dormitorio.
Stuart indicó:
—Ponga la maleta sobre la cama y empiece a sacar sus cosas, Kay. Mientras las guarda en el armario, }’o prepararé unos emparedados y abriré un par de latas de cerveza. Supongo que tendrá apetito, ¿no?
—La verdad es que sí. Son casi las nueve...
—Yo también tengo hambre. Venga, cada cual a lo suyo —dijo Stuart, saliendo de la habitación.
Kay puso su maleta sobre la cama, la abrió y empezó a sacar lo que en ella traía.

* * *

Stuart Lowell y Kay Shepard habían dado ya buena cuenta de los emparedados, y ahora degustaban el negro café preparado por la joven.
—Realmente delicioso, Kay —ponderó Stuart.

—Gracias —sonrió ella, halagada.

—Si todo lo prepara tan bien como el café, vale la pena casarse con usted.

—¿Sólo por eso, porque soy buena cocinera?

—No, ésa es sólo una de sus muchas virtudes.

—¿Cuáles son las otras?

—Es bonita, bien formada, alegre, simpática, tierna, dulce...

—Pare, pare, que me voy a poner tonta.

—Usted sabe que es verdad.

—Aunque lo sea, no creo que me sirva para conquistarle a usted.

—¿Por qué dice eso?

—Tiene una pinta de solterón...

—No soy enemigo del matrimonio, Kay.

—Pero no se casa.

—Porque todavía no encontré la mujer ideal.

—Esa es la excusa que ponen todos los hombres que no quieren sentirse atados.

—Kay, yo le aseguro que... —empezó a decir Stuart, pero se interrumpió de pronto, al ver aparecer en el hueco de la puerta a un joven de pelo rojo y facciones simpáticas, que se cogía la nuca con la maro derecha.

—Buenas noches —saludó el tipo, sin decidirse a cruzar la puerta.

Stuart se puso en pie y se acercó a él.

—Buenas noches, joven. ¿En qué puedo servirle?

—Me llamo David; David Ewell

—Yo, Stuart Lowell.

—Me han robado el coche.

—¿Qué...?

—Un «Plymouth» azul. Ocurrió muy cerca de aquí. Me detuve para subir a una muchacha rubia, que llevaba una camisa de hombre por toda vestimenta y chorreaba agua, y...

Stuart respingó.

También Kay, quien se puso rápidamente en pie y corrió hacia la puerta.

Stuart va estaba preguntando:

—¿Le dijo su nombre?

—Se llama Jenny —respondió el pelirrojo.

Stuart y Kay se miraron

David Ewell preguntó:

—¿La conocen ustedes, por casualidad?

—Sí, la conocemos —respondió Stuart.

—¿Por qué diablos me golpeó, lo saben ustedes?

—¿Que le golpeó, dice...? —exclamó Kay.

—Sí, en la nuca. Y fue un golpe tremendo. He estado casi dos horas inconsciente. Cuando me desperté, me encontré tirado detrás de unos arbustos, cerca de la carretera, y mi coche había desaparecido —explicó el pelirrojo.

Stuart Lowell y Kay Shepard intercambiaron otra mirada.
El primero rogó:
—Disculpe usted a Jenny, David.
—¿Que la disculpe, después de lo que me ha hecho...? —exclamó el pelirrojo.
—Jenny no es una chica normal, David.
—Eso ya lo sé.
Stuart entornó los ojos.
—¿Qué es lo que sabe, David?
—Pues eso, que Jenny no es una chica normal. Me sonrió de forma incitante tan pronto como la subí a mi coche, ¿saben? Yo, que no soy de piedra, ya estaba excitado, porque a la niña se le marcaba todo bajo Ja empapada camisa. Le puse la mano en el muslo y le pregunté si podía besarla. Ella dijo que sí, claro, y yo la besé y acaricié sus piernas y senos. Fue como si besara y acariciara a una muerta.
Stuart y Kay se estremecieron.
—¿A una... muerta? —musitó el profesor de dibujo.
—Sí, porque no acusó lo más mínimo ni mis besos ni mis caricias. Yo, extrañado, porque no soy precisamente un novato en esas lides, le pregunté qué le pasaba. ¿Y saben qué me respondió?
—¿Qué? —preguntó Kay.
—Que no sentía nada.
—Nada... —repitió Stuart, quedamente.
El pelirrojo añadió:
—Yo, herido en mi amor propio, le abrí la camisa de par en par y se lo acaricié todo lo mejor que supe, incluso lo más íntimo de su persona, pero ella siguió fría como mi témpano. De pronto, sentí una especie de hachazo en la nuca y perdí el conocimiento. Lo demás, ya lo saben.
Stuart y Kay permanecieron callados.
El pelirrojo David rogó:
—¿Podría usted llevarme a San Francisco en su coche, Stuart?
—Desde luego.
—Tengo que denunciar a la policía el robo de mi coche.
Kay Shepard respingó.
—No, eso no, por favor —suplicó.
—Pero...
—Nosotros nos encargaremos de recuperar su coche, David, se lo prometo.
—¿Seguro que lo recuperarán?
—Claro. Encontraremos a Jenny y ella nos dirá dónde lo dejó abandonado. ¿Verdad que nos lo dirá, Stuart?
—Por supuesto —asintió el profesor de dibujo, comprendiendo por qué Kay no quería que David Ewell acudiese a la policía.
—Bueno, esperaré hasta mañana por la noche —accedió el pelirrojo—. Pero si para entonces no ha aparecido mi coche, iré a la policía y denunciaré

el robo, se lo advierto.

—Gracias, David —dijo Stuart, oprimiéndole el hombro—. Voy a sacar mi coche del cobertizo.

* * *

El «Ford» de Stuart Lowell rodaba ya por la carretera.

De pronto, parado a un lado de la misma, descubrieron un «Plymouth» azul.

David Ewell respingó en el asiento trasero.

—¡Es mi coche! —gritó.

—¿Está seguro, David? —preguntó Stuart.

—¡Absolutamente!

Stuart detuvo su «Ford» detrás del «Plymouth», y él, Kay Shepard y el pelirrojo David saltaron al suelo.

El «Plymouth» estaba vacío.

Stuart y Kay miraron a ambos lados de la carretera, pero no vieron a Jenny Cramer por ninguna parte.

Mientras tanto, David Ewell se había sentado al volante de su «Plymouth» y se cercioraba de que todo estaba bien.

Stuart y Kay se acercaron a él.

—Bien, ya ha aparecido su coche, David —dijo Stuart.

—Sí, es cierto —sonrió el pelirrojo, muy contento.

—No denunciará el caso a la policía, ¿verdad?

—No, no lo haré. Le perdono a Jenny el golpe que me dio en la nuca. Aunque me gustaría saber por qué me atizó. Que no sienta ningún placer cuando un hombre la acaricia, no es motivo para...

—Olvide lo sucedido, David —rogó Kay.

—Sí, será lo mejor.

El pelirrojo se despidió de Stuart y Kay y se alejó en su coche.

Stuart y Kay regresaron al «Ford», cuyo motor, de momento, no puso en marcha el profesor de dibujo.

Se miraron mutuamente.

Con fijeza.

—¿Está pensando lo mismo que yo, Stuart?

—¿Qué está pensando usted, Kay?

—Que Jenny fue a San Diego en el «Plymouth» de David Ewell, lazo algo en la ciudad y regresó aquí.

—Sí, es lo que pienso yo.

—¿Qué habrá hecho Jenny en San Diego, Stuart?

—Me temo lo peor, Kay.

—Y yo.

—Tenemos que encontrar a Jenny.

—Sí.

—Tiene que estar oculta cerca de aquí.

—Si eso es cierto, no tardará en aparecer por su casa, Stuart

—Yo no estoy tan seguro.

—Volvamos, Stuart. Quizá nos la encontremos allí, cuando lleguemos.

—Lo que daría yo porque así fuera —repuso Stuart Lowell, poniendo el «Ford» en movimiento.

CAPITULO VIII

No.

Jenny Cramer no se encontraba en la casa de Stuart Lowell.

Pero había estado allí, no hacía mucho.

En el porche se veían huellas de pies mojados y sucios de arena.

También las había dentro de la casa.

Incluso en el dormitorio.

Stuart Lowell miró a Kay Shepard.

—Tenía usted razón, Kay. Jenny ha venido a verme, a su regreso de San Diego.

—Y como no le encontró en casa, se marchó.

—Sí. Y hace muy poco de eso.

—Volverá, Stuart.

—Ahora estoy seguro. Pero ¿qué querrá de mí?

—Charlar, supongo. Es usted su amigo.

—A los amigos no se les sacude —rezongó Stuart, tocándose el moretón que lucía en la mandíbula.

—Jenny no quería hacerle daño, se lo dijo. Pero como usted le pegó a ella...

—Lo hice porque quería ayudarla.

—Lo sé. Y ella también debe de saberlo. Por eso le considera un amigo. Y por otra razón, también.

—¿Cuál?

—Cuando Jenny emergió del mar, completamente desnuda, y se acerco a su casa, usted no trató de aprovecharse de ella. Incluso le ofreció su camisa, para que se cubriera con ella. Y luego se la regaló...

—Es posible que tenga razón, Kay.

—No tardaremos en saberlo, ya verá,

—¿Cómo reaccionará Jenny, cuando la encuentre a usted aquí, Kay?

—Lo natural es que se alegre de verme, sus padres no quiere verlos...

—Porque cree que está muerta.

—¿Por qué no acusaría las audaces caricias de David Ewell?

—No lo sé. Es una más de las muchas cosas que le pasan, y que no tienen explicación. Su increíble fuerza, su corazón que parece que no late, su pulso que no puede detectarse...

Stuart la enlazó de pronto por el talle y la atrajo suavemente hacia sí.

—¿Qué hace? —parpadeó Kay.

—Ganó la apuesta, Kay, y estoy obligado a darle un beso.

—Para ser una «obligación» tiene mucha prisa en cumplirla.

—Es que hay deudas que da gusto pagar.

—Ya.

—De todos modos, si prefiere que le pague en otro momento...

—Yo no he dicho eso.
—Yo tampoco —sonrió Stuart, y la besó en los labios.
Sabían tan bien, que no se dio ninguna prisa por terminar.
A Kay tampoco debían de saberle mal los suyos, pues no protestó en absoluto por la excesiva duración del beso.
Cuando, por fin, Stuart separó su boca de la de ella, Kay dijo:
—Se le olvidó decirme que el beso valdría por seis.
—¿Molesta por ello?
—No...
—Kay...
—¿Si?
—De haber ganado yo la apuesta, ¿qué clase de beso me habría dado usted?
—El beso del pajarito.
—No lo conozco. ¿Cómo es?
—Muy cortito.
—¿Por qué no me hace una demostración?
—Bueno —accedió Kay, y posó sus labios sobre los de Stuart.
Y así se quedaron.
Pegados a los de él.
Casi tres minutos.
De cortito, pues, nada.
Y Stuart encantado, claro.
Cuando Kay dio por finalizado el beso, el profesor de dibujo anatómico dijo:
—Me gusta el beso del pajarito.
—No ha sido el beso del pajarito, sino el de la marmota. Que se duerme uno antes de terminar, vamos.
—¿Y a qué se ha debido el cambio?
—A que me gustó tanto como me besó usted, que he querido corresponderle de igual modo. Lo he intentado, al menos. Que lo haya logrado o no...
—Plenamente, Kay.
—Me alegro.
—Más me alegro yo de haberte conocido. Podemos tuteamos ya, ¿no?
—Desde luego.
—Esto hay que celebrarlo con un beso.
—¿Otro....
—Ya conoces el refrán: «No hay dos sin tres.»
—Bueno, hagamos honor a él —sonrió deliciosamente Kay.
Stuart se disponía ya a unir su boca a la de ella, cuando el suelo del porche crujió levemente.
Los labios de Stuart y Kay no llegaron a tomar nuevo contacto.
Sin pronunciar palabra, los dos miraron hacia la puerta.

Descubrieron a Jenny Cramer.

Una Jenny Cramer bien distinta de la que Stuart Lowell viera emerger del agua aquella tarde.

Esta de ahora no sonreía con suavidad, ni tenía la mirada limpia y serena.

Era una Jenny dura.

Enfadada.

Irritada.

Furiosa...

Stuart Lowell se dio cuenta en seguida de que Jenny Cramer no venía a charlar amistosamente con él, como había pensado Kay Shepard, sino a echarle en cara algo.

Stuart no sabía exactamente qué, pero la expresión de Jenny le asustó un poco.

Y razón tenía para ello, porque si aquella tarde, cuando le consideraba un amigo, le había triturado la muñeca, le había hecho dar un par de volteretas por la arena y le había arreado el sopapo del siglo, ahora, que parecía considerarle un enemigo, la cosa podía acabar mal.

Pero que muy mal.

CAPITULO IX

Jenny Cramer, que cubría su completa desnudez con la camisa que le regalara el profesor de dibujo anatómico, cruzó la puerta y penetró en la casa, diciendo:

—Faltaste a tu promesa, Stuart.

—¿Qué promesa, Jenny? —repuso Lowell.

—La de no hablar a nadie de mí.

—Cuando te prometí eso pensaba que eras una enferma mental.

—Una promesa es siempre una promesa, Stuart.

—No tienes por qué enfadarte, Jenny. Sólo he hablado de ti a Kay, porque es tu mejor amiga.

—Lo era. Ahora ya no podemos serlo. Ella está viva y yo estoy muerta.

Kay Shepard dio un paso hacia su amiga.

—Jenny...

—¿Tú tampoco lo crees, Kay?

—¿Qué estés muerta?

—Sí.

—¿Cómo voy a creer una cosa así?

—Tienes que creerlo, Kay, porque es la verdad. Llevo un año muerta. Un año flotando en las profundidades del mar. He salido de él para vengarme de los tres canallas que me violaron y luego me arrojaron por el acantilado. Uno de ellos ha pagado ya su fechoría.

Stuart y Kay se estremecieron.

—¿Le has matado, Jenny...? —inquirió el primero.

—Sí. Lo ahogué en la bañera, después de aterrorizarle con mi presencia.

—¡Jenny! —exclamó Kay, horrorizada.

Jenny la miró de un modo extraño.

—¿Por qué ese gesto de horror, Kay? ¿Acaso sientes la muerte de ese cerdo?

—Bueno, yo... —musitó Kay.

—Él y sus compañeros ocasionaron la mía, Kay. Y antes me habían hecho sufrir lo indecible. Se comportaron como tres auténticos salvajes. Terribles apretones, duros pellizcos, dolorosos mordiscos... Tenías que haberme visto, retorciéndome en el suelo desnuda, suplicando entre gritos y sollozos que me dejaran, que no me hicieran sufrir más...

Kay Shepard volvió a estremecerse.

Stuart Lowell dijo:

—¿Por qué no les denunciaste a la policía?

—¿Cómo iba a denunciarles, si luego de cometer la canallada me arrojaron al mar?

—Cuando saliste de él, me refiero.

—¿Hoy, al cabo de un año?

—Jenny, tú no puedes haber estado un año en el mar.

—Veo que sigues sin creer que estoy muerta, Stuart.

—No lo creeré nunca. Y Kay tampoco.

—Bien. Tendré que haceros una demostración que sea convincente, ya que para vosotros no es suficiente que mi corazón no lata y que no tenga pulso —dijo Jenny, y se acercó a la mesa, sobre la cual continuaban los platos, los cubiertos, las tazas de café y todo lo demás.

Atrapó un cuchillo y se volvió hacia Stuart y Kay.

Se abrió la camisa de par en par, mostrando totalmente su cuerpo desnudo.

Lentamente alzó la mano y apoyó la punta del cuchillo debajo de su seno izquierdo.

Como estaba claro que iba a clavárselo en el corazón, Kay Shepard chilló:

—¡No, Jenny!

—¡No cometas esa locura! —gritó también Stuart Lowell, lanzándose hacia ella, con el propósito de impedirlo.

No llegó a tiempo.

Jenny Cramer empujó con fuerza y la hoja del cuchillo se hundió totalmente en su pecho.

Ocurrió lo mismo que cuando Philip Bloom le clavó su navaja en el vientre.

Ni una sola gota de sangre.

Jenny, sonriente, soltó el mango del cuchillo, y éste quedó clavado en su pecho desnudo.

La escena era tan impresionante, que Roy Shepard se tambaleó, a punto de desmayarse.

También Stuart Lowell tenía el estómago encogido.

—No... No puede ser... —habló Kay, con un hilo de voz, al tiempo que se agarraba al profesor de dibujo, para no desplomarse.

Stuart, pálido, no hizo comentario alguno.

Miraba el cuchillo, hundido hasta el mango bajo el seno izquierdo de Jenny.

Por fuerza tenía que haberle atravesado el corazón.

Y Jenny seguía en pie.

Tan fresca.

Sin soltar una gota de sangre...

De pronto, Jenny agarró el cuchillo y se lo desclavó. C Lon lentitud.

Centímetro a centímetro.

Kay Shepard sintió que las piernas le temblaban.

Que se le doblaban.

Que se negaban a sostenerla...

Se agarró con más fuer/a a Stuart Lowell.

—Stuart... —pronunció, con voz estrangulada.

El profesor de dibujo, tan impresionado como ella, la abrazo, como adivinando que Kay iba a desplomarse de un momento a otro.

Jenny acabó de desclavarse el cuchillo, cuya hoja salió tan limpia como había entrado.

Bajo el seno de la joven no se veía herida alguna.

La carne, abierta por el acero, se había cerrado misteriosamente cuando éste salió de ella, no quedando la más leve señal.

Fue demasiado para Kay Shepard, y la atractiva muchacha se desvaneció.

Menos mal que Stuart Lowell la rodeaba con sus brazos, y eso la libró de estrellarse contra el suelo.

—Pobre Kay, siempre tuvo el estómago débil —dijo Jenny, dejando el cuchillo sobre la mesa y cerrándose la camisa.

* * *

Stuart Lowell tomó en brazos a Kay Shepard y la llevó al sofá, sobre el cual la depositó cuidadosamente.

Luego se volvió hacia Jenny Cramer.

Esta dijo:

—Supongo que ya no tendrás ninguna duda, ¿verdad, Stuart?

—No, ya no. El numerito del cuchillo me ha convencido por completo —respondió Lowell.

—Me alegro, porque ya estaba harta de repetir una y otra vez que estoy muerta, sin que me creyeras.

—Te creo ahora, pero sigo sin entenderlo.

—Es natural. Lo normal es que los muertos no salgan de sus tumbas, que se pudran en ellas, fríos y rígidos. Pero se puede salir, Stuart. Basta con que uno lo desee fervientemente, y que tenga un motivo poderoso para salir. Entonces, las fuerzas del Más Allá entran en acción y el deseo del muerto se cumple. Es mi caso, Stuart. Yo tenía enormes deseos de volver al mundo de los vivos, para ajustarles las cuentas a los tipos que me violaron y me asesinaron, y mi deseo se ha visto cumplido. Cuando haya llevado a cabo mi venganza volveré al mar, porque ésa es mi tumba. Por eso te dije que ya no soy hija de los Cramer, sino del mar. Será mi casa por los siglos de los siglos.

—Amén.

Jenny miró con severidad al profesor de dibujo.

—¿Pitorreo, Stuart?

Lowell tosió.

—Se me escapan los chistes, ya lo sabes.

Jenny miró a su desvanecida amiga.

—¿Te gusta Kay, Stuart?

—Sí, es una chica muy simpática.

—Y atractiva...

—Tú también lo eres, Jenny.

—Pero yo estoy muerta.

—Bueno, como no se te nota...

—Es una pena que no pueda sentir nada, Stuart. Si pudiera, te pediría que me hicieras el amor, porque me gustas.

Lowell carraspeó.

—Tus palabras me halagan, Jenny.

—Aunque no sienta nada, me gustaría que me dieras un beso. ¿No te importa besar a una muerta, Stuart?

—Desde luego que no.

Jenny se aproximó a él.

Stuart la besó en los labios, cálidos y suaves.

—Gracias, Stuart —le sonrió ella.

—Ha sido un placer, de verdad.

—Cuida de Kay.

—Lo haré.

Jenny Cramer caminó hacia la puerta.

Stuart Lowell, esta vez, no intentó detenerla.

Sabía que era imposible.

* * *

Pocos minutos después, Kay Shepard volvía en sí. Vio a Stuart Lowell.

Sentado en un sillón.

La mirada perdida.

Kay incorporó el torso y bajó las piernas del sofá.

—Stuart...

El profesor de dibujo volvió a la realidad.

Se levantó del sillón y se sentó en el sofá, junto a la joven, cuyas manos tomó entre las suyas.

—¿Te sientes bien, Kay?

—Me alegro.

—¿Dónde está Jenny?

—Se fue.

—¿Al mar?

—¡Supongo que sí.

—No pudiste impedirlo, ¿verdad?

—¿Cómo iba a impedirlo? Si un cuchillo clavado en su corazón no le hace nada...

Kay Shepard se estremeció imperceptiblemente.

—Era cierto, ¿verdad, Stuart?

—¿Que Jenny está muerta?

—Sí.

Stuart Lowell asintió con la cabeza.

—Totalmente cierto, Kay. Murió tal día como hoy, hace un año.

—¿Y cómo es posible que...?

—Las fuerzas del Más Allá lo han hecho posible, según ella. Y debe ser

cierto, Kay. Nosotros, los vivos, conocemos este mundo, pero ignoramos lo que hay en el otro. Los muertos sí lo saben. Jenny lo sabe, porque lleva un año muerta. Ha vuelto del Más Allá para llevar a cabo su venganza. Y nada ni nadie podrán impedir que la cumpla.

—¡Que horror, Stuart! —exclamó Kay, abrazándose al profesor de dibujo.

Stuart la estrechó tiernamente contra su pecho.

—Parece una pesadilla, es cierto. Pero todo es real, Kay. Jenny ha matado ya a uno de los tipos que la violaron y la arrojaron al mar, y matará también a los otros dos. Y eso, aunque horroroso, me parece justo. Los tres merecen la muerte, por lo que hicieron con la pobre Jenny.

—Sí, eso es cierto.

—No sé quiénes son esos miserables, pero aunque lo supiera, no movería un dedo para ayudarles.

—Yo tampoco.

—Será mejor que nos acostemos. Kay.

—Sí.

—Puedo dormir en el sofá, si quieres.

—No digas tonterías.

—¿Iba en serio lo de dormir juntos?

—Claro.

—Una chica liberada, ¿eh?

—Stuart, vamos a dormir juntos, no a hacer el amor. Creo que ese punto ya lo aclaramos, ¿no?

—Sí, quedó perfectamente claro.

—Dame cinco minutos.

—Los que quieras.

Kay se levantó y se introdujo en el dormitorio, cerrando la puerta.

Stuart dejó transcurrir los cinco minutos y luego se levantó del sofá. Dio unos golpes en la puerta del dormitorio.

—¿Puedo pasar, Kay?

—Adelante, Stuart —autorizó la joven.

Stuart entró en la habitación.

Kay estaba acostada, la sábana cubriéndola hasta los senos.

Se había puesto un camisón amarillo, que se adivinaba deliciosamente corto y transparente.

Stuart se quedó mirándola fijamente.

—Eres una chica preciosa, Kay.

—Y tú un hombre muy apuesto, Stuart —repuso ella, sonriéndole.

—¿No has cambiado de idea?

Kay movió la cabeza graciosamente.

—Sólo dormir, Stuart.

—¡Qué lástima!

—Quedan otras muchas noches.

—Pero ésta la vamos a perder.

—Peor fue perder la guerra de Vietnam.
—Muy graciosa.
—Deja de gruñir y acuéstate.
—¿Para qué tanta prisa, si sólo vamos a dormir?
—Tengo sueño, y no puedo dormirme con la luz encendida.
—Está bien, está bien —rezongó Stuart, y se desvistió, quedando en slip.
Así se metió en la cama.
Se disponía a apagar la luz, cuando Kay le cogió la mano.
—Espera, Stuart.
—¿No tenías prisa por dormirte?
—Sí, pero quiero que antes me des un beso.
—¿El del pajarito o el de la marmota?
—¿Cuál prefieres tú?
—Él de la marmota.
—Bueno, pues ése.
Stuart pegó su boca a la de Kay, procurando sacarle el máximo partido al beso.
También ella se entregó de lleno a la caricia.
Stuart no pudo resistir la tentación de deslizar su mano hacia los muslos femeninos, que el breve camisón no cubría.
Kay se estremeció dulcemente cuando la mano del profesor de dibujo recorrió sus miembros inferiores.
Animado porque Kay no protestaba, la mano de Stuart se fue audazmente para arriba, por debajo del ligero camisón, alcanzando los jóvenes y altivos senos femeninos, que acarició sabiamente.
Kay Shepard, tras ahogar un gemido de placer, separó su boca de la de Stuart Lowell y dijo:
—¿De quién es esa mano?
—Mía y de usted —respondió Stuart, con una sonrisa.
—Yo sólo te había pedido un beso, Stuart.
—Te deseo, Kay.
—Eso ya lo sé.
—Hagamos el amor.
—No, si sólo sientes por mí deseo.
—Eso no es cierto, y tú lo sabes.
—¿Qué más sientes por mí, Stuart?
—Es difícil de explicar con palacras.
—Prefieres explicarlo con hechos, ¿eh?
—Estoy seguro de que lo entenderás mucho mejor.
—De acuerdo, explícamelo así —accedió Kay Shepard, alzando sus desnudos brazos y rodeando el cuello de Stuart Lowell, quien se apresuró a unir de nuevo sus labios a los de ella.

CAPITULO X

Rich Holcer contaba veintiséis años de edad.

Era de estatura media, como Philip Bloom, pero mucho más corpulento que éste.

Y mucho más feo, también.

Orejas grandes y despegadas, tipo radar...

Ojos casi redondos y muy salidos, como de besugo...

Nariz gruesa y aplastada, como de boxeador...

Boca grande, de labios asalchichados...

Sí.

Un rostro ciertamente desagradable.

De ahí su poco éxito con las mujeres.

Si no era pagando, no conseguía llevarse a la cama a ninguna.

Y, a veces, ni así.

Rich Holcer poseía un barco, pequeño y algo deteriorado, pero que le servía para ganarse la vida llevando gente a pescar, o simplemente a pasar el día en el mar.

Aquel domingo, sin embargo, Rich no tenía diente alguno y casi se alegró, porque así podría hacer lo que le apeteciese.

Y le apetecía pescar.

Solo.

Sin mirones a su alrededor.

Rich, que normalmente dormía en su barco, se levantó temprano y sacó la embarcación del puerto, dirigiéndola a un lugar que él conocía bien, y donde la pesca era abundante.

Una hora después, Rich Holcer echaba el ancla en ese lugar, de aguas claras y tranquilas, no demasiado profundas, desde el cual se divisaba la costa.

Rich preparó sus aparejos de pesca y lanzó la caña.

Treinta minutos más tarde, ya había capturado cuatro peces, dos de ellos muy hermosos.

Rich estaba contento.

La cosa no podía empezar mejor.

De pronto el sedal se hundió.

Rich dio un grito de alegría.

La quinta pieza acababa de picar.

¡Y qué pieza!

A juzgar por los tirones tan fuertes que daba, debía de ser enorme.

Rich, jubiloso, sujetó la caña con una mano y empezó a recoger el hilo con la otra, haciendo girar el carrete.

El pez seguía tirando con furia, y la caña se doblaba más y más, amenazando con partirse.

Rich Holcer, temiendo que eso sucediera, redobló sus esfuerzos, con el fin

de sacar la pieza del agua lo antes posible.
No pudo ser.
La caña se partió antes.
Rich escupió una maldición.
Era la primera vez que una cosa así le sucedía.
La primera vez que un pez se reía de él.
Pues no.
El muy condenado no se iba a reír.
Rich fue rápidamente en busca de su equipo de buceo.
Si el pez era tan grande que no se podía capturar con una caña de pescar, lo capturaría con su fusil de pesca submarina.
Cinco minutos después, Rich Holcer volvía a cubierta, totalmente equipado
Apenas salir a ella, se quedó paralizado por la sorpresa.
Y por el terror.
Allí, en cubierta, sentada en la barandilla del barco, estaba Jenny Cramer, la hermosa muchacha rubia que él, Luke Truslow y Philip Bloom violaran y arrojaran al mar un año antes.
Y estaba tan desnuda como entonces.
Jenny le sondó fríamente.
—Hola, Rich.
Holcer boqueó, pero no consiguió hablar.
—Sorprendido de verme, ¿verdad? Claro, ha pasado tanto tiempo... Un año entero, Rich.
Holcer lo intentó de nuevo, y esta vez logró balbucir:
—No... No es posible...
—¿El qué no es posible, Rich?
—Que estés aquí, en mi barco...
—¿Por qué no?
—Tú no puedes estar viva, Jenny...
—¿Acaso he dicho yo que no lo esté?
—Eres una aparición, ¿verdad?
—Oh, no, nada de eso.
—Sí, eres el espíritu de Jenny.
—No soy el espíritu de Jenny, soy Jenny en persona. Tócame y te convencerás.
Rich no la tocó.
Le hubiera gustado hacerlo, para ver si era de carne y hueso, como parecía, pero para eso tenía que acercarse a ella, y le daba miedo.
Verdadero pánico.
Jenny sonrió burlonamente.
—¿Qué te pasa, Rich?... Hace un año, bien que me tocaste. Y que me pellizcaste. Y que me mordiste...
Rich Holcer se restregó los oíos, para ver si así se borraba la imagen desnuda de Jenny Cramer, pero no sirvió de nada.

Seguía allí.
Sentada en la barandilla.
—Tú estás muerta, Jenny... —musitó.
—Claro que estoy muerta. Me ahogué, Rich. Desde entonces he permanecido en el mar. Hasta ayer. Se cumplía el primer aniversario de mi muerte, y decidí salir a celebrarlo. Fui a ver a Philip Bloom, ¿sabes?
—¿Philip...?
—Sí, Rich. Se sorprendió tanto como tú de verme, y creyó que era un fantasma. Philip sí se atrevió a tocarme. Me puso la mano en el seno derecho y me lo apretó ligeramente, convenciéndose de que era yo en persona, no un fantasma.
—¿Qué le hiciste a Philip?
—Lo dejé en cueros y lo ahogué en la bañera.
Rich Holcer sintió un profundo escalofrío, y empezó a temblar como un niño.
—Debo estar soñando... —se dijo, sin apenas voz.
—No, Rich, no estás sonando. Estás despierto. De pesca. Has capturado cuatro peces. El quinto pez, el que se te escapó, era yo —reveló Jenny.
Holcer respingó.
—¿Tú...?
—Sí, Rich. Yo tiré del anzuelo, y partí tu caña. Luego subí a tu barco. Y ya debes suponer para qué.
—Para matarme, como a Philip...
—Sí.
Una nueva oleada de frío estremeció el cuerpo de Rich Holcer, al ver que Jenny Cramer se erguía y daba un paso hacia él.
—¡No te acerques, maldita! —chilló, apuntándola con su fusil de pesca submarina.
Jenny dio otro paso.
Rich accionó el disparador.
El arpón se clavó en el pecho de la joven.
Entre seno y seno.
Profundamente.
Rich esperaba que la sangre saliera a borbotones, pero no brotó ni una sola gota.
Jenny, tranquilamente, se desclavó el arpón.
Como quien se saca una espina del dedo.
Rich Holcer creyó morirse de espanto al comprobar que el arpón no había producido mella alguna en el pecho de Jenny.
Esta, con frialdad, dijo:
—No se puede matar a un muerto, Rich.
Luego arrojó el arpón al suelo y avanzó hacia él.
Lentamente.
Rich Holcer, presa del pánico, corrió hacia la barandilla y se arrojó al mar.

Jenny Cramer no intentó detenerle.

Ella quería eso, que se arrojase al mar.

Allí le daría su merecido.

Jenny fue en busca de la camisa que Stuart Lowell le regalara, y que ella se había quitado al subir al barco, para presentarse desnuda ante Rich Holcer.

Se la puso y luego se lanzó de cabeza al agua.

Rich Holcer se alejaba todo lo aprisa que podía, moviendo vigorosamente las aletas natatorias.

Confiaba en alcanzar la costa sin necesidad de salir a la superficie, gracias a la botella de aire comprimido que llevaba a la espalda.

Jenny Cramer, pese a no llevar aletas en los pies, nadaba más velozmente que él, y pronto le tuvo a su alcance.

Le agarró los pies.

Rich Holcer respingó bajo el agua.

Al volver la cabeza y descubrir a Jenny Cramer, sintió nuevamente culebrear el pánico en sus huesos, y sus ojos se desorbitaron detrás de la máscara de buceo.

Jenny, de un violento tirón, le arrancó la botella de aire comprimido.

Rich, adivinando que Jenny quería ahogarle, luchó desesperadamente por librarse de ella, único modo de alcanzar la superficie.

Jenny tiró de sus pies con increíble fuerza, arrastrándole hacia el fondo.

El aire faltaba en sus pulmones, pero allí abajo no lo había.

Sólo había agua.

Y eso fue lo que tragó Rich.

Agua en cantidad.

Murió, claro.

Ahogado, como Philip Bloom.

Y así moriría también Luke Truslow...

CAPITULO XI

El sol se filtraba ya por la ventana cuando Kay Shepard abrió los ojos.

La cara de Stuart Lowell estaba muy cerca de la suya.

El profesor de dibujo anatómico dormía plácidamente, la respiración lenta y acompasada.

Kay le acarició el rostro con ternura.

—Stuart... —musitó.

Lowell siguió dormido.

Kay no quiso despertarle, y con sumo cuidado levantó el brazo de él, que descansaba sobre la cintura de ella, rodeándola. Luego se giró lentamente y se dispuso a saltar de la cama.

No pudo.

El brazo de Stuart cayó de nuevo sobre ella; esta vez sobre su pecho.

Kay se quedó quieta unos segundos, conteniendo la respiración.

Después intentó levantar de nuevo el brazo de Stuart.

En ese preciso instante la mano del profesor de dibujo se movió, aprisionando suavemente el seno izquierdo de la joven.

Kay volvió a quedarse quieta.

Una sonrisa de satisfacción afloró en sus labios.

¿Tanto significaba ella para Stuart, que hasta dormido la acariciaba?

En cualquier caso, era muy agradable sentir los fuertes pero suaves dedos de él oprimiéndole con delicadeza el seno, y cuando la yema de uno de ellos jugueteó con el oscuro pezón, Kay no pudo reprimir un dulce gemido de placer.

Por su gusto hubiera continuado acostada, gozando de las caricias de Stuart, pero quería tener preparado el desayuno cuando él despertara, así que intentó de nuevo levantar el brazo del profesor de dibujo.

No pudo, porque pesaba más que antes.

La razón era que Stuart estaba contrarrestando la fuerza que ella hacía, porque no quería retirar la mano del cálido pecho femenino.

Kay empezó a sospechar que Stuart ya no estaba dormido, y sus sospechas se vieron plenamente confirmadas cuando sintió la otra mano de él sobre sus redondas nalgas, oprimiéndolas de manera excitante.

—Oh, Stuart, bandido... —dijo riendo.

El profesor de dibujo pegó su cuerpo al de ella y la abrazó con calor. Después de besarla en el cuello amorosamente, dijo:

—Buenos días, cariño.

—Me has engañado, bribón.

—Pensabas que estaba dormido, ¿eh?

—Te llamé, y no abriste los ojos.

—Es que entonces aún dormía. Me desperté cuando levantaste mi brazo, para separarte de mí.

—Siento haberte despertado.
—¿De veras? —repuso Stuart, que ahora le acariciaba ambos senos, sin dejar de besarle el cuello, la nuca y el hombro.
—No, me parece que no lo siento —confesó ella, cerrando los ojos dulcemente.
—Yo tampoco.
—Deja de besarme y acariciarme, Stuart.
—¿Por qué?
—Tengo que preparar el desayuno.
—Eso puede esperar.
—Debe ser tarde.
—¿Y qué? Hoy es domingo, no tenemos nada que hacer. Bueno, sí tenemos algo que hacer. Y vamos a hacerlo en seguida.
—Ya lo hicimos anoche.
—Fue tan maravilloso que vale la pena repetirlo.
—Estoy de acuerdo en que fue maravilloso, pero no vamos a repetirlo ahora.
—¿Por qué?
—Tengo que preparar el desayuno, ya te lo he dicho.
—Y yo te he dicho que...
Kay dio un salto y se bajó de la cama.
Stuart alargó los brazos hacia ella, pero la joven gateó por el suelo con rapidez y se puso fuera del alcance de las manos masculinas.
—Kay, por favor... —suplicó.
Kay se irguió, riendo.
—No, Stuart. Cada cosa a su tiempo, y ahora es tiempo de desayunar, no de hacer el amor.
—Eres mala.
—Tú sí que eres malo —repuso Kay, y se acercó al armario en busca de su bata, porque iba completamente desnuda.
Su camisón y su pantaloncito, así como el slip de Stuart, yacían en el suelo, desde la noche pasada.
—Detente un momento, Kay —rogó Stuart.
La joven se paró.
—¿Qué quieres, Stuart?
El profesor de dibujo la observó de arriba abajo, estudiando cada curva, cada forma.
—Posees un cuerpo perfecto, Kay.
—Si tú lo dices... —sonrió ella, halagada.
—Si quisieras posar en la escuela de arte, te aceptarían en seguida.
—¿Te gustaría a ti que posara desnuda para tus alumnos?
—No, creo que no.
—A mí tampoco.
—¿Y si te pidiera que posaras exclusivamente para mí?

—¿Te gustaría dibujar mi cuerpo?

—Sí.

—¿Aquí, en tu casa?

—Sí.

—¿Y a cuánto me pagarás la hora? —bromeó Kay.

—Estoy dispuesto a pagar lo que me pidas —respondió Stuart.

—Te voy a arruinar, te lo advierto.

—No importa.

—Posaré para ti, Stuart.

—Gracias, Kay. Empezaremos hoy mismo, después del desayuno.

—Muy bien —sonrió Kay, sacando su bata del armario.

Una bata de baño, corta y graciosa.

Se la puso y caminó hacia la puerta del dormitorio, diciendo:

—Si tienes que ducharte no te entretengas, porque el desayuno estará listo en unos minutos.

—Me levanto en seguida, cariño —prometió Stuart.

—A ver si es verdad —dijo Kay, y salió de la habitación.

* * *

Estaban terminando de desayunar cuando escucharon el motor de un coche.

—Tenemos visita, Stuart —dijo Kay Shepard.

—¿Quién diablos podrá ser? —se preguntó Stuart Lowell.

—No tardaremos en saberlo; ya se ha detenido frente a la casa.

En efecto, pocos segundos después llamaban a la puerta.

Stuart se levantó y acudió a abrir, vistiendo un pantalón corto, color hueso, y una camiseta azul. Iba descalzo.

Dos hombres aguardaban en el porche, altos y corpulentos.

—¿Stuart Lowell...? —preguntó el de más edad, unos treinta y siete años.

—Yo soy.

—Teniente Dexter, de la policía de San Diego —se presentó el tipo, mostrando su placa—. Mi acompañante es el detective Benton —señaló al otro sujeto, que aparentaba unos veintiocho años.

—¿En qué puedo servirles, teniente?

—¿Nos permite pasar, señor Lowell?

—Desde luego.

—Gracias.

El teniente Dexter y el detective Benton entraron en la casa.

Observaron a Kay, que seguía sentada a la mesa.

Stuart presentó a la joven.

—Es Kay Shepard, una amiga mía.

—Mucho gusto, señorita —sonrió cortésmente Dexter.

Stuart, ligeramente nervioso, inquirió:

—¿Cuál es la razón de su visita, teniente Dexter?

El policía le miró fijamente.
—Jenny, señor Lowell.

* * *

Stuart Lowell y Kay Shepard respingaron a un tiempo.
—¿Qué... qué sabe usted de Jenny, teniente...? —murmuró el primero.
—Que detuvo en la carretera, muy cerca de aquí, a un joven llamado David Ewell; que le incitó, con su descarada vestimenta y su provocativa sonrisa; que luego le propinó un fuerte golpe en la nuca, dejándole sin sentido; que le robó el coche, un «Plymouth» azul; que más tarde ese mismo «Plymouth» fue visto, parado, frente al apartamento de un tipo llamado Philip Bloom; que el tal Philip Bloom ha sido hallado esta mañana, desnudo y con las manos atadas a la espalda, en su bañera, ahogado...
Stuart y Kay se miraron en silencio.
El teniente Dexter explicó:
—Por el Plymouth azul, cuya matrícula recordaba un vecino, dimos con David Ewell, su propietario, y éste nos refirió lo que le sucedió anoche. También nos dijo que no denunció el robo de su coche porque ustedes, que conocen a la tal Jenny, le rogaron que no lo hiciera.
Stuart asintió levemente con la cabeza.
—Es cierto, teniente.
—¿Asesinó esa Jenny a Philip Bloom?
—Me temo que sí, teniente.
—¿Por qué?
—Por venganza. Ese Philip Bloom y dos amigos suyos, cuyos nombres desconozco, violaron a Jenny hace un año, y luego la arrojaron al mar, desde lo alto de un acantilado.
—¿Desde lo alto de un...?
—Sí, teniente.
—¿Y pudo salvarse...?
—No, no pudo. Se ahogó.
—¿Que se ahogó...? —pestañeó Dexter, tan perplejo como su acompañante, el detective Benton.
—Sí, teniente. Y prepárese a escuchar la historia más fantástica que haya oído jamás. Pero antes tomen asiento, por favor. La historia es larga... —suspiró Stuart Lowell.

CAPITULO XII

Luke Truslow se despertó tarde aquella mañana.

En primer lugar porque era domingo y no tenía que acudir al trabajo. Y en segundo lugar porque Sally Keaton había pasado la noche con él.

Sally era una pelirroja de formas exuberantes, que nunca tenía bastante, y huelga decir de qué.

Así estaba el pobre Luke aquella mañana...

Y eso que Luke Truslow no era ningún enclenque, no.

Metro ochenta y dos de estatura...

Ochenta y seis kilos de peso...

Músculos desarrollados...

Pero Luke, como cualquier ser humano, tenía un límite de resistencia, y la insaciable Sally se lo había hecho rebasar largamente.

Ella, por lo visto, no tenía límite, y se lo demostró a Luke apenas éste entreabrió los párpados.

—Luke, amorcito... —dijo toda melosa, al tiempo que se pegaba a él como un sello y empezaba a acariciárselo todo, dedicando una especial atención a lo que a ella más le interesaba.

Truslow soltó un gruñido.

—Sally, por favor.

—¿Qué te pasa, ciclo? ¿No quieres que tu Sally se muestre dulce y cariñosa contigo?

—Sí, pero no tan seguido, demonio.

—¿Tan seguido...? ¡Pero si desde anoche no hemos hecho nada!

—Nos dormimos casi de día, así que no hace tanto.

—Pero cómo nos divertimos, ¿eh?

—Sí, eso es verdad —tuvo que reconocer Luke.

—Tu Sally es única, ¿a que sí?

—Desde luego.

—Anda, ponte en forma, mi vida.

—Lo que voy a ponerme es en la bañera.

—Después d¿ que hagamos el amor, ¿eh?

—No, antes.

—Luke, corazón...

—Déjame, Sally. ¿No ves que no reacciono? Estoy hecho polvo, de verdad.

—Parece mentira, en un hombrón como tú.

—Tú serías capaz de agotar al coloso de Rodas,

Sally Keaton rió.

—¿Crees que el baño te reanimará, Luke?

—Seguro. El agua caliente y un buen desayuno me dejarán en condiciones de satisfacerte al menos una vez más.

—¡Corro a preparar ese desayuno! —exclamó la ardiente pelirroja, saltando de la cama, sin nada encima.

Así, toda desnudita, salió de la habitación y se metió en la cocina, dispuesta a preparar un desayuno de caballo.

Luke Truslow, cansinamente, se levantó de la cama tan desnudo como Sally Keaton y se introdujo en el cuarto de baño.

Sally, desde la cocina, oyó los grifos de la bañera.

Algunos minutos después, el ruido cesaba.

La bañera va estaba llena y Luke dentro de ella.

Sally siguió preparando el exagerado desayuno.

Mientras lo hacía no paraba de cantar e incluso se daba algunos pasos de baile moderno, poniendo de manifiesto que su vitalidad era realmente sorprendente.

El pobre Luke medio muerto en la bañera, y ella moviendo el esqueleto en cueros.

Para que luego hablen del sexo débil...

Distraída en su tarca. Sally Keaton no advirtió que la puerta del apartamento se abría silenciosamente.

Una muchacha se coló en el.

Rubia.

Hermosa.

Cubriéndose con una vistosa camisa de hombre...

Sí.

Era Jenny Cramer.

Con todo sigilo se acercó a la desnuda pelirroja, que seguía canturreando y moviendo su portentoso trasero, mientras preparaba media docena de huevos revueltos y freía ocho pedazos de tocino.

Sally no la vio aproximarse.

Cuando la descubrió, ya era tarde.

Ni siquiera le dio tiempo de llamar a Luke.

Jenny Cramer le propinó un fuerte golpe en el cuello, con el canto de la mano, y la explosiva pelirroja se desplomó sin emitir gemido alguno.

* * *

Luke Truslow estaba acostado en la bañera, con el agua hasta la barbilla y los pies colgando fuera, porque si no, no cabía en ella.

Tenía los ojos cerrados y permanecía inmóvil.

Como muerto.

Si él hubiese sabido que muy pronto lo iba a estar de verdad...

Por eso, por tener los ojos cerrados, no vio entrar a Jenny Cramer, quien se había despojado de la camisa que le diera Stuart Lowell, para aparecer desnuda ante Luke Truslow.

Este siguió espatarrado en la bañera, totalmente ajeno al peligro que corría.

Jenny cerró la puerta del baño.

De golpe.

Luke abrió los ojos al instante.

Y los abrió tanto, que parecían dos huevos de gallina.

También abrió la boca

Tanto, que le entró un poco de agua.

Fue como un anticipo de la mucha que iba a tragar, dentro de muy poco.

Jenny Cramer sonrió fríamente y dejó oír su voz:

—¿Qué tal, Luke?

Truslow no dijo ni pío, pese a ser un buen pájaro.

Ni siquiera lo intentó.

La joven siguió hablando:

—¿Te acuerdas de mí, Luke? Soy Jenny, la chica que tú, Philip y Rich violasteis y arrojasteis al mar hace un año.

Luke Truslow continuó callado e inmóvil, sin poder dar crédito a sus ojos.

Jenny prosiguió:

—He vuelto del Mas Allá, Luke. Y he vuelto para vengarme. Philip Bloom y Rich Holcer ya han pagado su canallada. A ti te he reservado para el final porque, según Philip, lo de abusar de mí fue idea tuya. Y lo de arrojarme por el acantilado, también

Truslow, que se había puesto pálido, empezó a temblar en la bañera. Y sus temblores se acentuaron cuando oyó decir a Jenny Cramer:

—Voy a ahogarte en la bañera, Luke.

—No... —consiguió pronunciar Truslow.

—Sí, Luke. A Philip le ahogué en la suya, y a Rich en el mar. Os he reservado a los tres la misma muerte que yo tuve: morir ahogados.

—No, no... —repitió Luke.

Jenny avanzó hacia él muy lentamente.

Luke, algo más valiente que Philip y Rich, se dispuso a hacer frente a Jenny Cramer con sus puños, y con esa intención metió los pies en la bañera y se irguió.

No contaba, desde luego, con que ella le atacara primero.

Y cómo le atacó...

El puñetazo en el estómago, tan relampagueante como duro, obligó al musculoso Luke Truslow a lanzar un bramido de elefante y doblarse como un garrote, y el siguiente golpe, asestado en la nuca, le hizo caer de cruces fuera de la bañera.

Quedó en el suelo, medio inconsciente.

De haberlo querido Jenny, habría quedado inconsciente del todo.

Pero ella no deseaba esto.

Lo quería despierto, para que sufriese con la agonía de la muerte, como Philip y Rich.

Y para que sufriera aún más que ellos, por haber sido de él la idea de violarla y asesinarla, Jenny, en vez de atarle las manos a la espalda como a

Philip, para que no pudiera agarrarse de los bordes de la bañera y sacar la cabeza del agua, cuando le metiera en ella y le tirara de los pies hacia arriba, decidió romperle los brazos.

Y se los rompió.

Los dos.

Por el hombro.

Luke, que no pudo hacer nada por evitarlo, lanzó sendos y largos aullidos de dolor, ahogando el crujido de sus huesos al quebrarse.

Se retorció en el suelo como una lagartija, llorando a lágrima viva.

Jenny, totalmente insensible al sufrimiento del violador, cargó con él con sorprendente facilidad y lo arrojó a la bañera, atrapándole rápidamente los pies.

Tiró de ellos.

Hacia arriba.

Con fuerza.

Luke intentó sacar la cabeza del agua, pero como tenia ambos brazos partidos, no pudo hacer ninguna fuerza con ellos.

Era como si no los tuviera.

Y si no se apoyaba en ellos, era imposible sacar la cabeza del agua, debido a lo difícil de su postura.

Empezó a tragar agua.

Los tirones que daba con los pies eran terribles, pero más terrible aún era la fuerza de Jenny, esa fuerza con la que había vuelto del Más Allá, y no consiguió recuperar la libertad de sus piernas.

Poco después, Luke Truslow era cadáver.

Un horrible cadáver.

Jenny Cramer le soltó los pies.

Había cumplido su venganza.

Podía volver tranquila a su tumba.

Al mar...

CAPITULO XIII

El relato de Stuart Lowell había dejado atónitos al teniente Dexter y su acompañante, el detective Benton.

Ambos policías cambiaron una mirada, como preguntándose el uno al otro si lo que había contado el profesor de dibujo anatómico podía ser cierto.

Evidentemente, los dos se resistían a creerlo.

Era demasiado fantástico.

El teniente Dexter se puso en pie y empezó a pasear por la casa, con una mano sobre la nuca, masajeándosela una y otra vez.

—Dudan de mi historia, ¿verdad, teniente? —adivinó Stuart.

Dexter se detuvo y le miró con fijeza.

—Sé que usted no miente, señor Lowell. Me ha contado lo que vio y lo que le dijo Jenny Cramer. Pero yo no puedo admitir que eso sea posible.

—Le aseguro que lo es, teniente —intervino Kay Shepard.

Dexter desvió la mirada hacia la joven.

—Creen ustedes que es posible, señorita Shepard, pero no lo es. Jenny les engañó a los dos. Está viva, y ha adquirido extraños poderes, gracias a los cuales ha conseguido hacerles creer que está muerta y que ha regresado del Más Allá para vengarse de los tipos que la violaron.

Stuart Lowell movió la cabeza negativamente.

—Jenny está muerta, teniente Dexter. Su corazón no late, no tiene pulso, no corre sangre por sus venas... Ya le he contado lo que hizo con el cuchillo. Se lo clavó hasta el mango en el corazón, y no sólo no brotó una sola gota de sangre, sino que no le produjo corte alguno.

—Eso lo hace mucha gente, señor Lowell. Se clavan cuchillos, tijeras, agujas, clavos... Se traspasan la carne con ellos y no brota la sangre ni queda señal.

—No es lo mismo traspasarse un brazo o el costado, que traspasarse el corazón, teniente.

—No, evidentemente. Debe tratarse de un truco.

—El cuchillo es mío y no está trucado. Puedo mostrárselo, si quiere.

—No, no es necesario.

—Tiene usted que creernos, teniente Dexter. Jenny Cramer está muerta, hace un año que murió.

—Ahogada...

—Sí.

—¿Sabe usted que quedaría de un cuerpo que llevase un año flotando en las profundidades del mar, señor Lowell?

—Muy poco, supongo —murmuró Stuart.

—Sólo el esqueleto, señor Lowell. Todo lo demás se lo habrían comido los peces. Jenny, sin embargo...

—Lo de Jenny, se lo repito una vez más, es cosa de las poderosas fuerzas

existentes en el Más Allá. Ellas la han devuelto al mundo de los vivos, y ellas la han dotado de un cuerpo, el mismo que tenía cuando murió, para que pudiera llevar a cabo su venganza. Cuando acabe con los tipos que la violaron y la asesinaron, y regrese al mar, la carne desaparecerá y volverá a ser lo que era antes de salir de él, un esqueleto, que reposará en el fondo del mar para siempre.

El teniente Dexter y el detective Benton no pudieron evitar un estremecimiento al oír aquello.

Kay Shepard también se estremeció.

Dexter pegó un manotazo al aire y gruñó:

—No, maldita sea. No puedo creer en algo tan fantástico. Insisto en que... —se interrumpió de pronto.

Se oía el motor de un coche.

Un motor muy particular.

Stuart Lowell respingó.

—¡Es mi coche! —exclamó, y saltó del sillón en el que se hallaba sentado.

Corrió hacia la puerta y la abrió.

En efecto, era su viejo «Ford».

Acababa de detenerse frente a la casa.

Y Jenny Cramer estaba sentada al volante.

* * *

—¡Es Jenny! —Exclamó Stuart Lowell.

El teniente Dexter, el detective Benton y Kay Shepard corrieron hacia la puerta.

Salieron todos al porche.

Jenny Cramer ya estaba saliendo del coche, cubriendo su desnudez con la camisa que el profesor de dibujo le regalara. Observó con curiosidad a Dexter y Benton.

—¿Quiénes son estos hombres, Stuart? —preguntó.

—Policías, Jenny —respondió Lowell.

—¿Los llamaste tú?

—No. Están investigando la muerte de un tal Philip Bloom.

—No hay nada que investigar. Yo lo maté. Y esta mañana he matado a los otros dos: Rich Holcer y Luke Truslow. El primero, en el mar; el segundo, en su apartamento. Por eso me llevé tu coche, Stuart, cuando tú y Kay aún dormíais. Lo necesitaba para ir a San Diego.

Un profundo silencio siguió a las palabras de Jenny Cramer.

Esta añadió:

—Ya he cumplido mi venganza. Los tres canallas que me violaron y me arrojaron al mar, causándome la muerte, han muerto también. Ahogados, como yo. Puedo volver al mar, al descanso eterno.

Stuart, Kay y los dos policías siguieron callados, impresionados los cuatro

por las palabras de Jenny Cramer.

La joven sonrió suavemente y se despidió:

—Adiós, Stuart. Adiós, Kay. Decid a mis padres que pienso mucho en ellos, que les quiero, y que siento no haberles visitado, aunque creo que es mejor para todos.

Jenny dio media vuelta y caminó por la arena, hacia el mar.

El teniente Dexter, reaccionando, empuñó la pistola y ordenó:

—¡Detente, Jenny!

La joven se paró y giró la cabeza.

—¿Qué desea?

—Vas a venir con nosotros, Jenny.

—No diga tonterías —sonrió la muchacha, y siguió caminando.

—¡Detenla. Benton! —gritó Dexter.

El detective, que también había extraído su arma, se lanzó en pos de Jenny Cramer, a la cual intentó sujetar por el brazo.

Jenny le dio un puñetazo en el mentón y Benton se derrumbó sin sentido, como si acabara de cocearle una mula.

La joven volvió a mover las piernas.

—¡Detente, Jenny! ¡Detente o disparo! —amenazó Dexter.

Como Jenny no hizo caso, el policía apretó el gatillo.

La bala atravesó limpiamente el muslo derecho de la joven, pero ni ésta acusó el impacto ni el plomo dejó señal alguna en su pierna.

El teniente Dexter, desencajado, disparó de nuevo.

A la espalda de Jenny.

La bala produjo un agujero en la vistosa camisa masculina, pero la joven siguió caminando con toda normalidad.

Dexter disparó varias veces más, hasta que agotó los cartuchos. No sirvió de nada.

Jenny Cramer alcanzó el mar y desapareció en él.

Para siempre.

EPILOGO

Había transcurrido una semana justa desde que Jenny Cramer regresara al mar, para no salir jamás de él.

La historia era tan fantástica, tan inverosímil, que la policía no la había dado a conocer a los periodistas por temor a las burlas de éstos.

Sólo los padres de Jenny sabían la verdad, y aunque los dos lloraron la muerte de su única hija —muerte que ya sospechaban, como se recordará—, se alegraron de que ella personalmente se hubiese encargado de ajustarles las cuentas a los tres miserables que la violaran y arrojaran al mar, porque ahora su alma podría descansar en paz.

Kay Shepard seguía viviendo con Stuart Lowell, de quien cada día que pasaba se sentía más enamorada, y al profesor de dibujo anatómico parecía sucederle lo mismo.

Sin embargo, Stuart no mencionaba para nada la palabra matrimonio, y eso tenía un poco mosca a Kay.

Stuart le había hecho ya varios dibujos, y aquel domingo, tras el desayuno, quiso hacerle otro.

Kay accedió gustosa, como siempre, y posó una vez más, desnuda, para él, recostada en el sofá.

Una hora después, Stuart terminaba su dibujo.

—Ya está, Kay —dijo, satisfecho del trabajo que había realizado. La joven atrapó su bata de baño y se la puso en silencio.

Stuart la observó.

—¿Te ocurre algo, Kay?

—¿A mí?

—Pareces disgustada.

—Pues no lo estoy.

—¿No eres feliz conmigo?

—Claro que lo soy.

—¿Seguro?

—Stuart, si no fuera feliz no viviría contigo. Te quiero, tú lo sabes.

—Y yo te quiero a ti.

—Sí.

—¿Quieres ver el dibujo que te he hecho?

—Será magnífico, como todos.

—Este tiene algo que no tenían los demás.

—Enséñamelo, siento curiosidad por saber qué es. Stuart se levantó del sillón en el que había realizado el dibujo y se acercó al sofá, con el bloc en las manos.

Cuando le mostró el dibujo a Ray, ésta se puso en pie de un brinco.

—¡Stuart! —exclamó, con los ojos muy abiertos.

—¿Te gusta, Kay? —preguntó el profesor de dibujo, conteniendo la risa.

—¡Me has dibujado con un velo de novia!

—¡Y con un ramo de flores en las manos!

—¡Y con una alianza de matrimonio en el dedo!

—Sí.

—¿Significa eso que...?

Stuart la tomó por la cintura.

—No puede estar más claro, Kay.

Ella no pudo contener las lágrimas y se abrazó a él.

—¡Dios mío, Stuart, no sabes qué alegría tan grande me das!

Stuart la estrechó entre sus brazos.

—Era eso lo que te preocupaba, ¿verdad?

—¡Sí, porque creía que no ibas a pedírmelo nunca! —No quise precipitarme, eso es todo. Pero desde el primer día supe que tú eras la mujer que estaba esperando. Desde la primera noche, para ser exacto.

—¿No te parecí una fresca, al acceder a dormir contigo?

—No, porque tú sólo querías eso, dormir. Pero yo empecé a acariciarte, y...

—Acepté tus caricias porque ya te habías metido en mi corazón, y deseaba que me hicieras tuya. Me poseíste con tanta ternura y con tanto amor, que desde aquel momento empecé a pensar que yo también me había metido en el tuyo.

—Y así era, Kay.

—En el corazón de un solterón...

—Que muy pronto dejará de serlo, porque encontré la mujer ideal.

—Me esforzaré por hacerte el hombre más feliz del mundo, te lo prometo.

—Ya puedes empezar —repuso Stuart, tomándola en brazos.

—¿Adónde me llevas? —preguntó ella, rodeándole el cuello.

—A la cama.

—¿No puedes esperar hasta la noche?

—Puedo, pero no quiero. ¿Algo que objetar?

—Nada, mi vida, nada —sonrió amorosamente Kay Shepard, y besó los labios de Stuart Lowell, quien ya había echado a andar hacia el dormitorio.

FIN